PROTECCION A LA INDUSTRIA

ESTUDIOS

SOBRE LA SITUACIÓN

Y

PORVENIR DE CHILE

Á PROPÓSITO DEL PROYECTO DE CONVERSIÓN METÁLICA

POR

AQUILES MANNHEIM

Ingeniero

BANCO CENTRAL DE CHILE
BIBLIOTECA
SANTIAGO

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA GUTENBERG
38—ESTADO—38

1892

A la juventud chilena

Dedico esta colección de los artículos que he publicado á propósito de la Conversión Metálica.

No he querido suprimir lo malo que estos ensayos contienen, porque los entrego á su estudio y sin pretensiones de formar escuela.

Si algún interés le despiertan, no será otro que el que todos llevan latente en el corazón: la felicidad de nuestro Chile.

Ojalá, pues, que aquéllos á quienes he visto olvidar todo lo que más se quiere al acudir en defensa del patrio pabellón, muestren ahora el mismo desinterés y abnegación incomparables para emprender la conquista de nuestra independencia comercial.

Ya luchó por el presente, luche ahora por el porvenir.

AQUILES MANNHEIM

Valparaíso, octubre de 1892.

I

EN MARCHA HACIA EL ORO

«Se irá acercando á medida que vaya disminuyendo la distancia que ahora existe entre el valor de la moneda metálica y el valor de la moneda de papel, de suerte que el momento de poner fin á la circulación fiduciaria habrá llegado cuando aquella distancia, sin haber desaparecido totalmente, se reduzca más.

«Ese momento puede estar próximo, si perseveramos en la prudente resolución de mantener los servicios públicos dentro de los límites de una severa economía, y si, imitada por los ciudadanos la sobriedad del Estado, se logra reducir los consumos generales, siquiera hasta restablecer el equilibrio en nuestro comercio con el exterior.—(Mensaje de 1892.)—JORGE MONTT.»

Mucho se ha dicho en público para dar una explicación á las causas eficientes de los fenómenos financieros que vienen desarrollándose desde tiempo atrás y cuyas manifestaciones se dejan sentir en forma de un malestar profundo que perturba la vida de la sociedad. El cambio que pudiéramos llamar el barómetro de la situación, ha estado dando la medida de la acción perturbadora,

con la evidencia implacable de las cifras, hasta marcar un grado alarmante y que nos obliga á mirar y temer el porvenir.

En numerosos escritos hemos visto buscar el origen de estos fenómenos. Hay quienes lo señalan en el decrecimiento efectivo de la riqueza pública, motivado por el exceso de consumo sobre la producción á que nos induce la carencia de aquellas industrias con que pudiéramos procurarnos lo que se pide á otros mercados. Otros ven el origen, y aun subordinan estos mismos efectos á la influencia propia del curso forzoso, impuesto por pasadas legislaturas con carácter transitorio, y cuya permanencia ilimitada envuelve incertidumbres que hacen moverse sus valores en un radio también ilimitado.

Despréndese de aquí la inestabilidad de las transacciones, el alejamiento de valores reales que pudieran entonar la vida comercial de la sociedad y el abuso del crédito que no tarda en manifestarse en forma de un empobrecimiento general.

Es natural, pues, que al tratarse de devolver al país el régimen metálico, surjan divergencias en el modo de llevarlo á cabo y sobre los resultados inmediatos que se esperan de la reforma.

Subordinando aquéllos todos los fenómenos finacieros que han venido sucediéndose uno tras otro, primero la exportación del oro, después el nacimiento del papel, luego la imposición del curso forzoso y por último, la depreciación de la moneda nacional, á la causa que produjo el primero de estos efectos y que fué evidentemente la falta de productos suficientes á pagar el consumo, opinan que los Congresos y Gobiernos que no pudieron impedir el desarrollo de esta serie de perturbaciones, no podrán tampoco hoy consolidar en Chile el nuevo régimen monetario, si no principian por extinguir la causa original que nos alejara en otros tiempos de él. Acrecentando la producción, que es la riqueza pública, y protegiendo la industria fabril que es la supresión de una parte de la deuda al extranjero, llegaríamos á restablecer las perdidas fuerzas y, entonado el organismo de la nación, el metálico se impondría á sí mismo. Pero si continuamos figurando, dicen, de deudores en el mercado internacio-

nal, podremos contar con la seguridad que «al retirarse el último billete de la circulación veremos pasar delante de nosotros la plata para mandar pagar lo que importa la diferencia entre la importación y la exportación.»

No lo creen así, los que ven en el curso forzoso el origen del mal, puesto que el papel vino, dicen, no como una manifestación imperiosa de la ley que rige los sucesos económicos, sino á llenar una necesidad transitoria y con cuya desaparición debió cesar. Es lógico que sin él habría hallado la industria condiciones estables para desenvolverse y hacernos prosperar, como no lo es menos que su efecto pernicioso, que todo lo alcanza, ha esterilizado los medios de vida con que ella cuenta, alejando la ayuda de capitales extraños, preñando los espíritus de recelos é incertidumbres que sofacan los gérmenes de industria y de comercio. Y si á pesar de él el crédito público se mantiene á una altura envidiable, y la nación puede dar satisfacción holgadamente á sus necesidades y aun á sus caprichos, es fuera de duda que nuestras fuentes de riqueza no se extinguen, que el fiel de la *balanza comercial* nos engaña y que en realidad el monto de las importaciones representa el verdadero valor de la producción. No somos, pues, deudores en el mercado universal, porque si hubiéramos de quedar debiendo el saldo que periódicamente arrojan las importaciones sobre las exportaciones, llegaría un día en que no habría cifra imaginable con que representar esa deuda.

Es natural entonces que haciendo desaparecer el medio que entorpece nnestra marcha comercial, lo que se conseguirá asegurando la estabilidad de la moneda, desaparezca el estado anémico que el curso forzoso infunde en la sangre de la Nación y vuelva la confianza y la energía á los ánimos. Y habiéndose facilitado con estos recursos la venida del capital extranjero, que busca ansioso colocación en donde pueda verse seguro de un buen interés, no habrá temor, dicen, que el circulante metálico busque refugio en aquellos mismos centros que necesitan enviarnos el suyo para no entregarlo á la inacción.

Esto se ha dicho y mucho más, todo lo cual puede hallarse en los tratados de Economía y en la práctica de las naciones, pues cada uno de estos modos de apreciar las cosas se subordinan respectivamente á dos principios en abierta pugna que tienen sus apóstoles y sus doctrinas, principios que se combatirán siempre sin destruírse, porque cada cual tiene verdades indestructibles y campo de acción en que ejercer sus beneficios.

El *libre cambio* y el *proteccionismo* bajo cuya tutela han hallado á las veces vida, prosperidad y salvación opulentos y florecientes pueblos.

En Chile la opinión general se inclina al primero de estos principios, y hasta aquí hemos vivido comercialmente, siguiendo sus huellas á imitación de los grandes centros que nos importan las obras de su industria, ciencia, literatura y costumbres.

Por eso es que al ventilarse la cuestión financiera que preocupa la atención pública, ha dominado con incontrarrestable fuerza esa opinión que parece adueñarse del cerebro de la Representación Nacional.

Pero toda doctrina hace doctrinarios y éstos son pasionistas. La aplicación absoluta de las teorías es contraria á la misma ciencia y mucho más á la práctica. Si queremos buscar la solución de los problemas económicos de nuestro país armados de los coeficientes empíricos que proporcionan las doctrinas, caeremos en el error, error que confundirá los efectos con las causas, alejándonos de la realidad para encerrarnos en un círculo vicioso, en donde las teorías concluyen consigo mismas resolviéndose en axiomas que se chocan ó extendiéndose hasta el límite de las cifras, el infinito.

La verdad, es que cada país, como cualquier cuerpo organizado que vive y se desarrolla, tiene sus fenómenos propios y la ley económica á que éstos obedecen, tiene á su vez un carácter esencial, carácter que va diseñándose á través de los tiempos y que aparece en las páginas de la historia como una propensión determinada y siempre consecuente.

Si volvemos la vista hacia atrás y observamos la obra del tiempo y de los hechos, habremos de llegar, sin duda, guiados por el hilo no interrumpido con que se relacionan los sucesos financieros, al origen matriz de la fuerza que ha venido impulsando y produciendo esos fenómenos.

No hemos asistido al nacimiento del billete y escasos recuerdos de la niñez nos ofrecen referencias del pasado; pero la historia viene en nuestra ayuda con hechos por todos conocidos y que son las más fuertes razones en la evidencia de las cosas.

Ella nos habla de una "edad de oro" en Chile que remonta á más allá de 1860, época en que la vida de la nación podría compararse á la existencia vigorosa de esas jóvenes que nos pinta el cantor de la *Araucana*. Después de 1860 para adelante las grandes casas de comercio en Valparaíso comenzaron á recoger por emisarios cambistas, primeramente las monedas de oro y una vez agotadas éstas las de plata, monedas que eran entonces el circulante exclusivo. Remitidas á Europa eran reducidas á barras y se pagaba con ellas la deuda contraída por las mercaderías importadas á Chile.

En la serie de años trascurridos del 60 al 73, más ó menos, esa constante extracción de las monedas de oro y plata agotó en el país el circulante metálico y por la primera vez se sintió entonces la necesidad de reemplazar de algún modo ese circulante. Pues bien, D. Domingo Matte, que, sin tener propiamente un Banco, hacía negocios bancarios, sintiendo más que otros esa necesidad, ideó hacer uso de su crédito emitiendo *billetes* al portador, los cuales corrieron con aceptación general en el comercio, satisfaciendo en parte la necesidad sentida de circulante metálico.

Con esto el billete bancario había nacido como un remedio para las necesidades de una situación determinada. El señor Matte tuvo imitadores, los Bancos aparecieron y una ley especial amparó su existencia y les dió organización. La larga y aguda crisis económica que había producido como efectos mór-

bidos el billete bancario y el régimen fiduciario, produjo también en 1878, período álgido del mal, la necesidad de declarar por el Congreso la inconvertibilidad del billete bancario y la obligación de recibir este billete en pago de compromisos contraídos durante el régimen metálico. Y por último, la necesidad de hacer frente á los enormes gastos de la guerra contra el Perú y Bolivia, forzó al Estado en 1879, á arrojar á la circulación sucesivas emisiones de papel moneda con curso forzoso.

Como se ve, todo es perfectamente lógico en el desenvolvimiento de estos fenómenos y la aparición del billete, al cual se le deben los muchos males que su existencia trae consigo, no es la imposición de una voluntad arbitraria, sino que ha venido como la consecuencia precisa de la cauca original que alejó la moneda metálica y que fué la falta de otros valores adecuados á pagar el consumo nacional.

Impotentes fueron Gobiernos y Congresos para contener la extracción del oro, impotentes para impedir el surgimiento del billete y que llegara á ser ley de la República el vedado recurso de la inconvertibilidad, é impotentes han sido también para detener la imposición del papel moneda y del curso forzoso.

Esta es la verdad histórica, ante la cual las teorías se desvanecen, despejando el espacio á través del cual se observa la marcha irresistible de la ley económica que gobierna las situaciones.

Es no menos verdad que el papel es fuente de muchos males y á la vez origen de una larga serie de fenómenos que perturban la vida de las sociedades; pero no es causa de sí mismo ni puede ser. Y para combatirlo y matar con él sus efectos, es necesario exterminar los gérmenes que pueden darle vida nuevamente. Mientras éstos subsistan es natural que volverá.

Pero el país va á ver resuelta en breve la ardua cuestión económica que nos ocupa, con el fallo inapelable de la Representación Nacional, que ya discute el proyecto de la Comisión de Hacienda de la Cámara de Diputados, en el cual se le propone acumular el oro suficiente á rescatar el papel por diversos me-

dios que son del dominio público y entre los cuales figura en primera línea, con general aplauso, la reducción de los gastos en los servicios públicos.

Examinar la mayor ó menor corrección del empleo que va á hacerse de dichos medios, no es el objeto de las presentes líneas, porque partimos de que la base del vasto plan que la Comisión de Hacienda ha desarrollado hábilmente, es falsa.

Temeraria parecería nuestra afirmación si la relación histórica que dejamos hecha, fuera del alcance de toda conjetura y la ley económica que de ella se desprende no se hiciera sentir con la elocuencia irresistible de los hechos, elocuencia que alcanza á todos los espíritus y que la misma Comisión, á pesar de todo, siente al decir: «si el cambio internacional ó el valor del papel moneda no se encontrasen cerca de la par, no sería posible lanzar á la circulación el oro así obtenido, *sin correr el riesgo de que se extrajera del país.*»

Acumular el oro por cualquier medio para introducirlo artificialmente en el país en cambio del billete, sin tratar de destruir, como lo hace la Comisión, las causas que le dieron nacimiento y que aún subsisten, es volvernos á recomenzar el período económico que desde 1860 ha seguido su curso fatal hasta nuestros días. Porque nada habrá cambiado que nos haga diferenciarnos de aquella época en que, como ahora, consumíamos más del valor de nuestros productos y en que ya se infundía en los cerebros de la presente generación las ideas del libre cambio ó sea el abandono comercial.

Hemos dicho que la aplicación absoluta de las teorías, es contraria á la ciencia y lo es en este caso contra la ciencia económica el empleo del libre cambio que las viejas naciones manufactureras, tratando de dar fácil salida á sus productos, nos preconizan como panacea universal.

Es evidente á todas luces que si á esos pueblos que viven de la manufactura y que necesitan destruir la competencia, les conviene para sí y para todos el libre cambio, para los países jóvenes y productores este es un principio de anemia que los ador-

mece en la confianza ciega de la importancia de sus fuerzas naturales y ahoga en su cuna los gérmenes de la industria

Pero debe haber una causa que explica la existencia de libre cambio en Chile, porque si hubiéramos entrado en él á ejemplo de otros pueblos de complexión semejante al nuestro, habríamos seguido el que nos vienen ofreciendo los Estados Unidos de América, país nuevo y productor como Chile, que ha surgido con rapidez asombrosa de entre todas las naciones del mundo para elevarse á grande altura, amuletado por el proteccionismo que acaba de obtener un nuevo y definitivo triunfo con el *bill Mac-Kinley.*

Es cierto que no vemos ninguna, porque hasta aquí la nación no ha tenido una idea cabal de sus necesidades ni del verdadero papel que le toca desempeñar económicamente. Marchamos con paso incierto y sin senda alguna porque, en verdad, no ha habido tampoco legislatura que se haya preocupado hasta ahora de apartar y mostrarnos la que conviene á nuestras fuerzas y condición. No vemos, pues, otra razón en este secreto, que la candorosa fe con que nos hemos dejado arrastrar al libre cambio por la propaganda activa y tenaz con que las viejas metrópolis que nos imponen su ciencia como sus productos, y con las cuales estamos en continuo roce, vienen haciendo para asegurar fácilmente la colocación de sus obras sin competencia de ninguna clase.

Cuando los Estados de la Unión Americana vean sembrados de fábricas sus fértiles valles y sus productos manufacturados invadan el mercado universal con preferencia, los veremos también abandonar el proteccionismo, impugnándole mil vicios, y los veremos levantar en alto la bandera del libre cambio y mostrarla al mundo entero como el estandarte de la redención.

Pero al tratarse de devolver al país la circulación metálica, entonando la vida de la nación, rechazamos la imposición absoluta de esas dos doctrinas; pues, así como hemos visto que el libre cambio nos ha sumido en la inercia y en el abandono, el

proteccionismo aplicado con todo rigor, como remedio heroico, podría exponernos á sucumbir en la difícil crisis que éste ocasionaría en el debilitado organismo del país.

Estamos, pues, si es necesario llegar á ella en breve plazo, por fomentar la producción, que es la fuente de riqueza incontestable para este pueblo, por evitar el exceso de consumos mediante una fuerte imposición de recargos á ciertos objetos importados y á la vez por el desarrollo gradual y prudente de un sistema proteccionista adecuado á las condiciones de vida del país.

Los resultados benéficos del empleo de estas medidas no se harán esperar lo que muchos creen. Tal vez tres ó cuatro años bastarían, en nuestro entender, para pasar de la convalecencia á una saludable reacción que nos proporcionaría fuerzas suficientes para recibir el vigoroso cauterio del proteccionismo en toda su plenitud.

Este es nuestro porvenir y esta es la obra á que deben concretarse los esfuerzos de la nación.

El estudio y cabal conocimiento de la verdadera condición de Chile para reglamentar sus funciones económicas, es tarea que está fuera del alcance de nuestras fuerzas, de nuestras luces y de la experiencia con que contamos: pero no así de la sabiduría de los elegidos para regir los destinos del pueblo y velar por los intereses del bienestar común.

No concluiremos sin manifestar lo que, en nuestro concepto, debió constituir una de las bases del plan financiero de la Comisión de Hacienda.

Dejando el lugar preferente que se ha dado á las economías en los servicios públicos, podría continuarse con la reforma de las tarifas aduaneras sobre un sistema de proteccionismo; revisión de las tarifas ferrocarrileras para abaratar el flete de productos nacionales destinados á la exportación; terminación rápida de los ferrocarriles que comunican regiones productoras con la costa y creación de un Ministerio de Agricultura y Minería, cuya misión no necesita indicarse; y después, después nos quedaría

mucho tiempo para pensar en cómo se adquirirá el oro que nos hace falta para proveer al circulante, para reflexionar si se salvará el país con la desmonetización de la plata y si es cuerdo aprovecharse del nuevo descubrimiento *peso de 24 peniques.*

Agosto 23 de 1892.

II

EN MARCHA HACIA EL ORO

«Vuestra economía política del día me importa poco: yo me guío por la experiencia, y ésta me enseña que los países que se protegen prosperan, y que los libres cambistas ó abiertos decaen.—BISMARCK.

«En Francia se levantó el valor decaído del papel moneda con una ola de abundancia, creada á beneficio del trabajo. Aquí se le quiere levantar con una ola de espuma.»—(Discurso del Sr. *A. Subercaseaux*).

En nuestro anterior y primer estudio sobre las cuestiones económicas de actualidad, nos ocupamos de comentar lo que el público dice de dichas cuestiones, y seguiremos haciéndolo del mismo modo, ya que no es tan fácil agregar algo nuevo á tan estudiada materia; empero, sin detenernos á examinar prolijamente las muy encontradas ideas que se emiten, pues, sería tarea imposible apartar la verdad de entre el grueso tropel de teorías que se chocan, revuelven y confunden en un caos oscuro é indefinible como el que antecedió á la Creación, cuando los ele-

mentos de la naturaleza estaban desorganizados y las leyes que gobiernan la existencia yacían latentes en la materia arrojada á lo infinito por el Supremo Arquitecto de los Mundos.

Así vemos afirmar, con igual acopio de razones, que el país está rico, que es pobre y que no está rico ni pobre; que el cambio tiene más de quince factores y que no se le conoce ninguno como causa original; que el desequilibrio en nuestro comercio con el exterior es cosa que mucho y nada pesa en la balanza del bienestar común; y si todavía á esto se agrega que vienen á mezclarse teorías extrañas á la investigación de las causas, como la inestabilidad de la plata, la ley de las monedas, la equidad de los 24 peniques para reconciliar acreedores con deudores, etc., se comprenderá que es imposible que dentro de ese torbellino brille la luz de la verdad, que á su influjo se disipen las sombras de duda que invaden los espíritus y brote la evidencia que reside en el origen de las cosas. La cuestión, pues, que sin ser fácil, es accequible á ser comprendida con claridad, pierde su verdadera expresión, y la saludable lucha en busca de la verdad degenera en pugna de raciocinios sofísticos que aparecen á la luz sin derramarla.

Por eso es que no tomaremos en cuenta mucho de lo que se dice y se propone, para recoger de su conjunto sólo lo que manifiesta los verdaderos síntomas de la enfermedad que aqueja á este pueblo y de la cual se trata de curar. No haremos tampoco caso de que alguno de los remedios que se prescriben contenga buenos específicos, porque queremos ante todo saber si el conjunto de la pócima podría aliviar al enfermo y si se halla ó no dispuesto á recibirla.

El oro que nos ofrece el proyecto financiero de la Comisión de Hacienda de la Cámara de Diputados, no es, por cierto, el de una lluvia milagrosa bajada del cielo, no es oro tan sencillamente: es sólo un cambio entre la actual moneda de crédito y un equivalente del precioso metal. Si puede convenir á alguien este cambio no queremos saber; lo que á todos interesa es mirar el porvenir y averiguar si en verdad la dorada paloma mensajera

que se acerca, caerá con las alas rotas entre nosotros ó se lanzará de nuevo en raudo vuelo, buscando mejores climas, para jamás volver.

Entremos, pues, al campo de las investigaciones.

Probamos en nuestro artículo anterior que el papel moneda no había sido impuesto por una voluntad arbitraria, y así lo deben creer seguramente muchos de los que hablan ahora de rescatarlo y que votaron la ley de su inconvertibilidad para impedir el trastorno de la sociedad. También probamos que el régimen fiduciario y el billete se mostraron poco á poco á impulso de una fuerza oculta pero enérgica y que no hubo voluntad potente á detenerlos. Y por último, no hemos hallado todavía quién nos dé otra razón para explicarnos la emigración del oro fuera del país, que la incontestable de haber ido en pago del exceso de consumo; porque no habría tampoco quien nos viniera á decir que los 3.703,947 pesos que salieron de Chile durante el año 75, por ejemplo, no fueron á cubrir en parte el saldo líquido en contra de la exportación ascendente entonces, según la Estadística, á 9.072,047 pesos, sino que á llenar una necesidad de circulante en los mercados de Londres, París y Berlín, de quienes somos tributarios, y cuyos Bancos vieron ese mismo año acumulados en efectivo y reserva hasta 786.806,060 pesos.

Pero ha llegado á decirse, en cambio, que nuestra situación no es la misma de aquellos tiempos y que después de la crisis el valor de los productos ha estado equilibrando el valor de los consumos, raciocinio en el cual se aducen como comprobantes la salida de capitales extranjeros, ó sea la extracción de valores del país, y la invisibilidad de ese saldo entre la importación y exportación, ó sea la no existencia de una deuda creciente en contra de nuestro comercio.

Hé aquí un par de sofismas que se destruyen por sí mismos. Los capitales extranjeros han salido del país, es cierto, pero ¿cómo han salido?—en oro nó por que no lo hay: han salido en bonos, en acciones, en créditos hipotecarios, etc., dejando con su salida un vacío enorme, que pesa sobre los intereses de todos y

gravita desastrosamente sobre la propiedad, y que no es ni puede ser signo de riqueza.

La *deuda*, ó sea la cifra numérica que representa el saldo entre el valor de los productos y el de los consumos, aparece cada año en la Estadística, pero en la práctica de la vida, estamos de acuerdo con los sofistas, en que no existe numéricamente, pero no existe porque aquellos valores se equilibren en realidad, sino por la sencilla razón de que el que necesita comer para vivir paga lo que come y el país *paga*, á su vez, el consumo.

Los sofistas deben saber como pagan el propio.

Nosotros que miramos la Nación, sin querer engañarnos, vemos que ella lo paga bien caro: vemos los archivos de los Notarios llenos de escrituras hipotecarias, los libros de los Bancos borroneados con créditos fabulosos, en todos los bolsillos papeles con que se juega al *alza* y *baja*, sentimos el malestar profundo que hace difícil la vida, que entorpece el trabajo y encarece la producción, vemos, por fin, que el cambio baja.

Hé ahí el saldo entre el valor de los productos y el valor de los consumos; que hace salir lo que vale del país, que haría salir el oro que apareciera y que refluye ahora sobre la propiedad y rechaza, depreciándolo, el medio con que se le quiere cubrir: *el papel*.

A hacer esta afirmación podría creerse que no reconocemos otro medio de abandonar el billete que tomar el camino de las economías, y que á ellas se deja vinculada la fijeza de la moneda; pero no es así, porque estamos enteramente de acuerdo con los que opinan que el cambio no obedece exclusivamente en sus fluctuaciones al balance entre las importaciones y exportaciones.

Hay en realidad un sinnúmero de otros factores, ya conocidos, que vienen contribuyendo al mismo fin, y todos ellos son efectos de una causa más definida y poderosa de donde emanan todos y de donde proviene también el más desastroso de ellos, el exceso de consumo, que nos ha dado el papel.

Si así no fuera, no podría comprenderse que esos efectos, produciéndose aisladamente, sin relación alguna entre sí y sin ori-

gen de partida, no fueran destructibles y pudieran ser exterminados uno á uno sin grandes esfuerzos. La prática nos comprueba, por desgracia, que no es tan fácil desprenderse de ellos, y todas las medidas aisladas que se vienen tomando desde tiempo atrás para levantar el valor del billete, hacen ver que aquellos efectos son consecuentes á una ley ante la cual la volnntad humana es impotente.

Por otra parte, la coexistencia del papel moneda, el exceso de consumos, el abatimiento de la producción, la falta de industria fabril, la propensión al lujo, la ausencia del espíritu de ahorro, la desconfianza del capital extranjero, etc., no quiere decir que lo último se deba al primero, que todo aquello sea obra del billete, quiere decir exclusivamente que todos esos efectos, que aparecen obrando cada uno en su esfera como acciones perturbadoras y propendentes á depreciar la moneda, son la consecuencia precisa de una causa que los impulsa á todos y que por la relación con que los encadena entre sí y el vasto campo en que ejerce su influencia, abarca la completa desorganización del sistema económico que impera en el país y en cuyo desequilibrio ella reside.

En efecto, nadie podrá explicarse con qué concuerda nuestro régimen tributario, ni qué relación existe entre los intereses del país y el sistema de contribuciones que se arrancan al pueblo y al comercio. Es tal el desconcierto que domina en todo esto que no parece sino que los Gobiernos hubieran creído hasta aquí que en el Estado reside la vida de la Nación y que el mayor ó menor desahogo con que aquél pueda satisfacer su necesidades da la medida del bienestar común.

Así lo hemos visto en los períodos críticos imponer nuevas contribuciones y crear nuevos recargos, y en sus horas de opulencia extender una mano caritativa en alivio del pueblo y barrer con la primera que se presenta á su alcance.

Hoy, nada menos, se lanza á la carrera en el camino de las gabelas. Muchos millones le lleva en cuenta uno de los diarios de la capitad, á los cuales se agregarán los que proporcione la

inconsulta medida de recargar con un 25 por ciento las tarifas de los ferrocarriles desde 1.º de Enero de 1893. Sin duda que ésta obedece, como siempre, á procurarse buenos recursos con que atender al presupuesto. No importa que los productos nacionales no puedan movilizarse para salir del país, no importa que los artículos importados una vez dentro del territorio recarguen su precio con tan pesado flete y hagan de todo punto difícil la subsistencia, y, por fin, no importa nada, porque nada se ha tenido en vista sino los huecos de la arcas fiscales que es necesario llenar de algún modo.

Hé aquí la base económica sobre que descansan las relaciones de inquilinaje entre el pueblo y el Estado, la cual marca el grado de solicitud con que se cultiva y estimula las fuentes de producción. Veamos ahora cómo le ayuda éste á procurarse trabajo reproductivo y cómo ha venido protegiendo su industria contra la competencia extranjera.

Vamos hacia la portería de nuestro mercado. La tarifa aduanera que rige hasta el presente fué calculada en los primeros años de la administración Pérez, teniendo por base un cambio de 38 peniques, para favorecer, en cierto modo, los productos nacionales. Con la baja del cambio los avalúos y derechos de aduana se depreciaron correlativamente, y á fin de mantener su primitivo valor se dictó una ley imponiendo un recargo de 35 por ciento, proporcional al cambio. Pero una vez que el Estado vió venir á sus arcas las extraordinarias rentas del salitre, durante la administración Santa María, una nueva ley, como tantas otras inconsultas, buscando el alivio del consumidor, vino á disminuir ese recargo de 35 por ciento, en proporción al cambio, de á 10 peniques cada mes hasta quedar totalmente extinguido.

Con esto se abría poco menos que de par en par la puerta de entrada á los artículos extranjeros y se hacía insoportable su competencia para el industrial chileno. Y hoy que el cambio ha llegado á 18 peniques, se ha hecho absolutamente imposible que las fábricas é industrias existentes en el país puedan competir ventajosamente con esos artículos. Tenemos un ejemplo

práctico: un par de botines de primera clase, avaluado por la tarifa en 6 pesos, debe pagar de derecho 2 pesos 10 centavos, al cambio de 38 peniques, y al de 18 queda éste reducido á un pesos 34 centavos. Si se toma en cuenta ahora que el fabricante nacional tiene que pagar los derechos de internación por las materias primas, queda hasta la evidencia comprobado que esta reducción á los artículos similares del extranjero significa la ruina de la industria nacional.

Reflexiónese un momento sobre esto y se verá que el desequilibrio y la desorganización de nuestro sistema económico, envuelven un cúmulo de desastrosas consecuencias.

Las gabelas puede soportarlas el pueblo cada vez que no se le arrebate el trabajo y los medios de procurarse el sustento; lo que no puede soportar país alguno, sin sentirse luego quebrantado, es la atrofia de sus fuerzas vitales y que se le cieguen así sus fuentes de producción; lo que no puede soportar los intereses de ningún pueblo, es que la ley los induzca á dejarse dominar por el extranjerismo, que estimula la propensión al lujo é infunde desdén por todo lo que tiene origen en el país, consecuencias que han podrido la moral de las naciones en que se desarrolla la falsa apariencia, la repugnancia por el trabajo industrial y el ocio, plantas dañinas que crecen en todas las esferas sociales, y se arraigan cruelmente en el corazón de la patria: su juventud.

¿Quién podrá convencernos que todo esto es obra de la inestabilidad del papel moneda? ¿Podrá alguien probar que á influjo de la redención del billete se arreglará nuestro plan económico, se morigerarán las costumbres y podremos combatir con suerte la invasión del comercio extranjero? Nadie! y si alguien lo creyera de buena fe, que no es posible, y llegara á demostrarlo sofísticamente, llegará á probar también, del mismo modo, que la fijeza del oro es la única ley que gobierna las situaciones, que la existencia y la moral de los pueblos es el oro y que Dios que ha dictado esas leyes, que sustenta la existencia é impone la moral, es un *becerro de oro.*

Pero no vamos al absurdo, que no hay quien cierre los ojos á la luz de la evidencia: hé ahí la obra de la desorganización económica, y de ese principio, el libre cambio, que se invoca á la sombra de la libertad universal, pero que no lleva en la práctica otra cosa de ella que la primera palabra de su nombre.

Mientras Chile viva desorganizado y en la inacción por estas causas, no habrá forma de procurarle su bienestar, sean cuales fueren los expedientes empíricos á que se recurra; no importa para esto que sea *oro* ó *barro* nuestra moneda: los que vienen á procurarnos el consumo aseguran el retorno en efectos reales que si es necesario se arrancarán á las entrañas del país, y los que en él necesitan trabajar para vivir, han visto ya que la balanza pública tiene clavado su fiel en el estrecho limbo de la *vida al día*, porque no hay más horizonte, ni más campo de acción, ni más objetivo que disputarnos entre nosotros mismos el pan de hoy y el de nuestros hijos para mañana.

Si viéramos siquiera que la conversión metálica, sin traernos ninguno de aquellos beneficios, que no puede traer porque no dependen del signo ó moneda, no arrastrara al país al borde de un abismo y quizás á él, no la combatiríamos, porque sería una lección dura, pero útil para el porvenir, que la experiencia mostrara con su dedo inflexible las llagas abiertas en el corazón de la patria. Pero son tan terribles las consecuencias que se ocultan tras la halagadora expectativa de volver á ver los relucientes escudos, sin mérito para tanto bien, que no alcanzamos á darnos cuenta de quiénes serán los que puedan sacar partido con la miseria del pueblo, ni á quiénes dejará de aplastar el colosal derrumbe de los elementos que constituyen la sociedad.

Recuérdense de aquella memorable noche de 1878 los que sintieron caer sobre sus hogares el peso de la negra y odiosa dictadura de los Bancos. Fué éste un recurso cruel, pero necesario, lo hemos dicho, y volvería á ser necesario y mucho más cruel hoy que todos viven en mayor holganza que las que conocieron aquellos tiempos de sencillez. Y que ella venga tras el oro es de esperarlo, y rápida y violenta, porque este largo pe-

ríodo de abandono comercial ha postrado las fuerzas y la energía con que antes pudo resistir la Nación y ha acumulado los elementos que bajo el nombre de créditos, hipotecas, etc., tienen ya consignado al extranjero el todo y más de los tesoros que se nos ofrecen.

Pero los metalistas pintan una era de felicidad y de riqueza, una nueva *edad de oro*, mediante el rescate del papel; sin embargo, por más que miramos ese cuadro, no podemos percibir otra figura de correctas líneas, á la luz de los amarillentos reflejos del oro, que la silueta fugitiva de la estabilidad monetaria. Sus intérpretes se encargan de afirmar que ella lleva encarnada en su vientre una numerosa prole, que, como las vírgenes del famoso cuadro del pintor de Ubeda, están por salir de tan extraño templo. Les diremos, pues, como el parroquiano del pintor: *como vayan ellas saliendo, se las iremos pagando.*

Lo que hay de verdad para nosotros, es que no ha existido pueblo alguno sobre la tierra que haya querido curar, así tan buenamente, con oro sus males, ni economista que haya dado con esa piedra filosofal que guarda bajo su amarilla corteza el secreto de las leyes que imponen la situaciones.

Sin embargo allí está el proyecto de la Comisión de Hacienda que lo cree así y que no cree que pueda haber otra medida necesaria ni adecuada á satisfacer las justas aspiraciones de todos los chilenos; porque si lo hubiera creído, no propondría, como lo hace, acumular el oro, lisa y llanamente, para arrojarlo después á la circulación, pues, no debe considerarse que las economías en las arcas fiscales son un síntoma de saludable regeneración para el porvenir, sino una medida de alivianar el peso de los empréstitos con que va á obtenerse el oro, que debe pagar, por otra parte, bien caro el pueblo con la cesantía de muchos empleados, con el subido flete de los trasportes, con la larga privación de los beneficios que están llamados á prestar las obras públicas paralizadas, y quién sabe con qué más.

Sí, no hemos conocido pueblo alguno, lo repetimos, que haya puesto en práctica este recurso, ni economista que lo haya acon-

sejado. En cambio todos conocen los innumerables tratados escritos sobre Economía, ciencia escabrosa, cuyas leyes son el objeto de constantes investigaciones y de incesante labor para los sabios. Hemos visto también en la historia de todas las Naciones, que pueden servirnos de modelo, las huellas de una lucha tenaz por procurarse vida y robustez con que conquistar su independencia comercial, y mantenerse en observación, con solícito cuidado, sobre el fiel de la balanza en que deben equilibrarse las riquezas del pueblo y del Estado.

Tenemos fe en el porvenir y aguardamos la hora de la regeneración económica de Chile, único camino por donde puede llegarse á una circulación metálica estable.

Terminaremos, pues, agregando á las medidas que hemos propuesto en el primer artículo y consistentes en la implantación de tarifas aduaneras sobre un sistema protector, en facilitar el flete por ferrocarriles, habilitación rápida de las vías férreas y caminos que unen regiones productoras con la costa y creación de un Ministerio de Agricultura y Minería, la de reformar completamente nuestro sistema tributario sobre bases de justicia y equidad para el pueblo y de amparo para la producción nacional.

Agosto 30 de 1892.

III

TODAVÍA EL ORO

«Es necesario emplear todos los medios rigurosos que nos pueden conducir á vender á los extranjeros mayor cantidad de nuestras producciones que la que ellos nos vendan de las suyas. En esto consiste todo el *secreto*, esta es la *única* actividad del comercio.»—USTARITZ.

«La principal, sino la *única* causa de la paralización que se nota en los centros fabriles de la Gran Bretaña, se debe á la disminución de nuestras exportaciones con motivo del proteccionismo, de ese *detestable* sistema protector, que en pleno siglo XIX han implantado en su suelo los Estados Unicos de América.»—(Editorial del *Times* de Londres.—1884.)

En los oscuros días de la Edad Media y en tiempo de los señores de horca y cuchillo, cuando por voluntad del feudalismo la diosa justicia tenía dos caras, una buena para los grandes y otra muy mala para los pequeños, las rentas de los pueblos componíanlas los tributos que uno de otros se arrancaban entre sí á fuerza de mandobles y cintarazos, y por lo que toca á la economía que se conocía que no era ninguna, es de lo más gra-

cioso que pudiera contarse. Pero no tema el lector que vamos á entrar en reminiscencias sobre ella, pues no pretendemos echarla de romanceros: recordamos aquella época como punto de partida y porque de ahí á poco andar, á la luz de la Edad Moderna, nació la primera idea que los pueblos tuvieron de sus relaciones comerciales.

La civilización había cerrado las almenas de los castillos y hecho volver á sus vainas las espadas de los caballeros andantes: surgía otra vez la sociedad y volvía á ser patria el nombre borrado de la Europa bajo las patas del caballo de Atila.

Restablecido el derecho y el trabajo, las necesidades de los pueblos dieron de nuevo impulso al comercio que consistía en el cambio de los productos naturales de cada país.

Como ahora, y como antes los metales preciosos tenían entonces gran poder adquisitivo, así en el siglo XV se cambiaba en Francia un hectólitro de trigo por 15 gramos de plata; y los pueblos que no tenían productos de consumo que ofrecer en retorno de los que necesitaban pedir para sí, buscaban el oro y la plata con qué canjearlos.

En esta situación embrionaria del comercio y en virtud de la facultad de los metales para adquirirlo todo, nació la creencia que el pueblo que más los atraía para sí era el más rico, en lo cual no andaban muy descaminados los del viejo Continente, pues era claro que á mayor suma de oro y plata correspondía mayor cantidad de productos dados en cambio.

Y de ahí vino la teoría de la *balanza mercantil* que todavía anda por aquí en boca de nuestros economistas.

Las naciones que no conocían otros preceptos económicos que las opiniones aisladas de los escritores y publicistas de aquella época, levantaron un altar á la balanza comercial y, para inclinarla á su favor, cada pueblo se esforzaba por exportar la mayor cantidad de productos con que importar en cambio todo el oro posible.

En este trance un inteligente joven llamado *Francisco Quesnay*, dió á luz en Francia en los primeros años del siglo XVIII,

varios folletos que presentaban en forma definida algunas reglas de economía destinadas á estimular el comercio y la riqueza de los pueblos. Este mismo Quesnay, que llegó á ser después el consultor y médico favorito de Luis XV, y que hoy es conocido por el fundador de la Economía, reunió en 1768 todos sus estudios sobre la materia en un texto, en el cual, para mal de los hijos de la católica Isabel de España y de estas sus indias después, se le ocurrió afirmar que no había mayor fortuna para los pueblos que la «renta de la tierra.» y sobre esta piedra triangular echó las bases de una economía, que, más que *política*, era *pública universal*, que no reconocía Dios ni Patria y que, con fantasía digna de mejor empleo, equiparaba las naciones del orbe á muchachos de colegio trocándose amigablemente lo que falta á unos por lo que á otros sobra.

Viéronse á esto los hijos de la nebulosa Albión amontonados sobre sus islas que no eran tierra para sacarle rentas, y fuera del alcance de las sugestiones poéticas del azul del cielo y de las brisas olorosas de la Francia, sintiendo en cambio el hambre que les llevó el fracaso de la Compañía del Sud, hicieron mal gesto á las teorías de Quesnay y pidieron trabajo y salvación á su Ministro Walpole—.Jorge I subió entonces á la tribuna y mostró á la Inglaterra la nave mensajera de su felicidad: el Parlamento británico, abierto 1721, oyó por primera vez de sus labios, hablar de la industria fabril y de los beneficios que reporta á los países pobres la trasformación de la materias primas en objetos útiles.

Para recuerdos basta con esto. En mejor ocasión seguiremos contando á nuestros lectores como esa *Economía Pública cosmopolita* de Quesnay pasó á ser después *Política* para cada país de los que hoy prosperan y dominan en el mundo comercial, y como surgieron, á la vez, las doctrinas de libre cambio y del proteccionismo, que hoy libran en el universo, merced á la conveniencia de unos y al extravío de las pasiones doctrinarias de otros, la gran batalla de la preponderancia, de esas dos grandes escuelas, rivales por el fanatismo intransigente de sus

sectarios; pero que en el fondo se completan al ser llevadas á la práctica en pueblos manufactureros y productores respectivamente.

Basta, dijimos, pues el objeto de la relación histórica que dejamos hecha, era señalar el origen de esa *balanza comercial*, que ahora se nos trae á cuenta sin saber por qué, como si viviéramos entre moros y cristianos, y que nada menos que una figura prominente de nuestras Cámaras la cuelga con olímpico desprecio de las manos de los que, como nosotros, opinan que en Chile y todo país productor y escaso de elementos de comercio el desequilibrio entre el valor de la importación y de la exportación, es cosa que debe tenerse muy en cuenta en punto á riqueza y prosperidad.

Quede, pues, constancia que la balanza comercial consistía para los antiguos pueblos en sacar de la tierra muchos productos para *importar* en cambio de ellos la mayor cantidad de oro y plata, lo cual no tiene semajanza alguna con las doctrinas de los que dicen que aquí es necesario *exportar* por mayor valor de lo que se importa.

La balanza mercantil ha llegado á ser hoy un error en fuerza de la civilización comercial, y la fábula se ha encargado de hacerlo comprender así en el conocido cuento del Rey Midas, que es la representación de los países en que abunda la riqueza de metales preciosos y faltan los productos necesarios para la vida, y si, pues, ha de haber paridad entre ella y alguna de las modernas teorías, se halla á no dudarlo, en íntima relación con la de aquellos que están ahora pensando que con traer oro á Chile, por angas ó por mangas, habremos de prosperar y se inclinará á nuestro favor el plato de la nombrada balanza.

Pero, vamos, no satisfecha esa alta personalidad á que nos venimos refiriendo, con el inocente olvido de la verdadera significación de la balanza mercantil y de arrojarla así disfrazada en tono de anatema contra sus adversarios, se lanza todavía en busca de pruebas para demostrar que deben relegarse al olvido de los pasados errores esas teorías del equilibrio comercial, ya

roto en la vida práctica de todos los grandes pueblos que nos vienen sirviendo de modelos.

Inglaterra, Francia, Alemania, etc., dice, importan muchos millones más de lo que exportan, y los pueblos de la América del Sur han hecho en general lo contrario: las primeras son grandes naciones, llenas de abundancia y de oro, y los segundos viven en medio de penurias económicas, asfixiándose en el mareo de los vaivenes de la plata y del papel moneda.

¿Quién no ve cuál de ellos está en el error?

Quién!—Nadie puede dudar desde ahora: *todo país que se enriquece importa más de lo que exporta.*

Al oir esta sentencia debieron estremecerse los muros del Parlamento chileno, como la tierra se siente conmovida por la lava que roe sus entrañas.

Y para que nadie lo oyera en bien de Chile, debió faltar el aire en torno de quien tal dijo: debió perderse en el vacío esa semilla fatal, abonada con elocuencia arrebatadora, por la expesión de la más pura sinceridad y con el prestigio de un gran político. Sí! debe extinguirse ese germen arrojado con mano liviana sobre el suelo de Chile para cosechar su ruina.

Que la Europa nos grite desde sus fábricas: llevaos todo lo que podáis que esto es riqueza para vosotros; que sus economistas, de buena ó mala fe, propaguen esos sofismas de la ciencia, no es extraño; van de por medio los más vitales intereses de esos pueblos; pero que aquí se repitan y se eleve sobre ellos el edificio de la economía política del país, no es posible.

Quebraríamos nuestra pluma por derrotados, si en el campo de la ciencia, libres de sugestiones doctrinarias y de intereses mezquinos, no llegáremos á probar hasta dónde es posible que es falsa, cien veces falsa, esa teoría aplicada á Chile.

Vamos adelante.

«Salgo de Chile,—se ha dicho por la persona á que nos referimos,—con un cargamento de trigo que vale 10,000 pesos. Llego á Inglaterra y con el valor que le ha agregado el viaje y mi trabajo, y lo realizo en circunstancia feliz, lo que me produce,

deducidos los gastos, 12,000 pesos. Invierto este capital en máquinas agrícolas, herramientas de trabajo, carbón ú otras mercaderías, y vuelvo con ellas á Chile. El viaje, mi trabajo incorporado en los objetos, el premio de mi capital y circunstancias comerciales favorables, dan al cargamento á su llegada á Valparaíso el valor de 15,000 pesos.

La balanza de comercio se manifestaría así en Chile: exportación 10,000 pesos, importación 15,000 pesos. El criterio balancista diría: el país ha perdido 5,000 pesos, ha consumido 50% más de lo que ha producido, Chile se empobrece, Chile está en crisis. Pero el criterio de la verdad sin balanza diría: Chile ha ganado 5,000 pesos, Chile se enriquece, Chile prospera!»

El eterno sueño que duermen las cenizas de los apóstoles de la añeja balanza mercantil, no les permitirá opinar sobre esto; pero sus congéneres, los metalistas chilenos, dirían: si los 10,000 pesos vuelven en oro, aunque no se les incorporen las utilidades, no hay dudas, seríamos ricos, habría oro....

Y los que miran por la prosperidad de Chile con criterio de sana verdad, dirían que todo ese largo cuento es obra de las musas dañinas, que no ha pasado jamás tal cosa en Chile, que el país no tiene hombres ni flotas que hagan semejante comercio, que esas utilidades de la historia del trigo quedan en todas partes menos aquí, y por fin, dirían que en todo eso se ha alterado la verdad de los hechos para ofuscar cerebros y ocultar nuestra verdadera situación comercial.

Veamos como pasan las cosas en realidad, tomando el mismo ejemplo que, á pesar de ser escogido para el sofisma, no repudiamos.

Un agricultor cosecha 2,000 fanegas de trigo, que vendidas en Valparaíso le producen 10,000 pesos.

Pagando los gastos se queda con una utilidad de 5,000 pesos, más ó menos, y el resto se reparte en diversas formas dentro del país, excepto, lo que ha salido por sacos, máquinas y útiles de labranza comprados al extranjero y que no sería exagerado estimar, para el caso, en 500 pesos.

El agricultor no sabe más de su trigo, porque ha quedado en poder de una casa comercial que lo remitirá a Europa, y vuelve á ocuparse de la nueva cosecha.

Enviado el trigo por dicha casa á Inglaterra, por ejemplo, obtiene por él 12,000 pesos, libres de gastos, por cuya suma pide mercaderías surtidas para el consumo de Chile. El mayor precio que aquí tienen esos objetos y su trasporte dan al cargamento á su llegada á Valparaíso un valor de 15,000 pesos.

Hasta aquí la Estadística hará el resumen diciendo:

Exportación.....	$ 10,000
Importación.....	$ 15,000

Examinemos ahora lo que estas cifras quieren decir para Chile.

Pongámonos en el caso que la casa exportadora que remite el trigo, sea, como la generalidad de las que hacen este negocio en el país, agente de un establecimiento comercial extranjero y que el buque que fleta los cargamentos pertenece á una Compañía extranjera.

Tenemos que la venta del trigo en Londres, por la cantidad expresada, dejará una utilidad de 2,000 pesos á la casa de comercio y, digamos, 2,000 pesos al dueño del buque por flete. Estas sumas las paga Inglaterra por el trigo, pero no las recibe el país, porque ingresan á fondos que residen en el extranjero.

La inversión de los 12,000 pesos en mercaderías y su traída á Valparaíso, á donde llegan con un valor de 15,000 pesos significan una nueva ganancia de 1,000 pesos al comerciante y 2,000 pesos al dueño del buque, valores que por la misma razón que las anteriores, se van al extranjero.

Ahora bien, en Chile la venta del trigo ha dejado 10,000 pesos, menos 500 pesos que el agricultor invirtió en útiles para la cosecha, traídos de afuera y que gravan la producción, de modo que el país aprovecha en realidad 9,500 pesos, que es también todo lo que la especulación del trigo deja aquí. En cambio se le ofrece, como retorno, 15,000 pesos de mercaderías á venta, que

si el público compra significan un exceso de consumo efectivo de 5,500 pesos sobre el valor de la producción.

Pongámonos ahora en el caso de que sea chilena la casa comercial que remite el trigo á Europa. Los barcos que fletan los cargamentos no pueden ser si no del extranjero, porque Chile no tiene marina mercante que se ocupe de esto.

Verificada la venta del trigo en Inglaterra, en la misma forma, el comerciante obtendrá 12,000 pesos, cantidad que Chile extrae de Inglaterra por su conducto, después de pagar los 2,000 pesos de flete que se van á otra parte.

Dijimos que la casa que está negociando invierte los 12,000 pesos en mercaderías que al llegar á este puerto tienen un valor de 15,000 pesos, de los cuales corresponden al dueño del buque 2,000 pesos. Nótese que este mayor valor de la mercadería no recae ya sobre Inglaterra, sino que debe pagarlo el consumidor chileno, de modo que esos 2,000 pesos los extrae el extranjero del país por intermedio del fletador; y los 1,000 pesos restantes que va á ganar el comerciante con la diferencia de precios, no son ganancia ni pérdida para Chile, porque es dinero que pasa de un bolsillo á otro: del comprador nacional al vendedor chileno.

Resumiendo estas cifras, tenemos que Chile obtiene por el trigo de Inglaterra 12,000 pesos, menos, como antes, los 500 pesos pagados al extranjero por útiles para la cosecha, ó sean solamente 11,500 pesos.

Y el extranjero saca del país en esta negociación 12,000 pesos por mercaderías y 2,000 pesos por el flete de éstas hasta Valparaíso, ó sean 14,000 pesos. De modo que si el público compra esas mercaderías se habrá excedido el consumo, para este caso, en 2,500 pesos sobre el valor que representa la producción.

Hemos averiguado de personas competentes del alto comercio la proporción con que se realizan estos dos casos, y podemos afirmar que la generalidad de ellos pasan como el primero. Pero, haciéndonos un gracioso favor, admitamos que la relación que guardan unos con otros es de 1 á 1, lo cual nos hará llegar

á la conclusión que el término medio del exceso de consumo para las cifras:

Exportación $ 10,000
Importación $ 15,000

es de 4,000 pesos ó sea el 80% de la diferencia entre los valores de nuestro comercio con el exterior.

Dedúcesen de aquí las necesidades de crear una Marina mercante nacional y de proteger el comercio chileno.

No entraremos á considerar el diferente empleo y valor que tienen para Inglaterra el trigo y para Chile la mercadería. Cualquiera ve que, en igualdad de precios, la ganancia estará para el que recibe la materia prima, que, transformada y con valor muy superior, vuelve á servir para los cambios en mejor condición que el oro todavía. Es por eso que la mayor importación es favorable á la Europa manufacturera, porque significa riqueza que va á multiplicarse prodigiosamente y lleva trabajo y vida á todas las capas sociales. Y porque, por otra parte, los hijos del viejo Continente invaden el mundo productor como abejas escapadas del panal recogiendo la savia de los pueblos con que acuden de todos puntos a enriquecer el vasto *colmenar*.

Pobre flor somos nosotros. Hay entre la abeja y la flor muy distinta conveniencia: aquélla se enriquecerá con lo que lleva y á ésta le da la muerte lo que pierde, y también es pérdida lo que el consumo destruye y convierte en nada.

No nos engañemos, pues, con falsos mirajes, confundiendo el verdadero papel que desempeñamos en el mundo comercial. Son unas las leyes que gobiernan el universo; pero no son siempre iguales sus efectos. La piedra cae y la pluma sube obedeciendo á una misma fuerza y será locura deducir por eso que la pluma como la piedra deberían seguir el mismo camino.

¿Por qué se nos lleva á Europa para buscar ejemplos de nuestra situación, sino tenemes semejanza alguna, si hay entre ellos y nosotros intereses opuestos y antagónicos, si hay allí otro modo de ser y otra vida, si aquella es la pluma que sube? ¿Acaso

no estamos rodeados de pueblos gemelos y de condición semejante á la nuestra, cuya historia nos ofrece ejemplos vivos de como intervienen esas leyes fundamentales de la Economía en la vida de las naciones? ¿Acaso no tenemos nuestra historia propia?

Pidamos al tiempo y á la experiencia del pasado la luz necesaria, que allí habremos de hallar, sin duda, la verdad desnuda del velo del egoísmo de los hombres.

A nuestra cabecera está el Perú, la joya de la Conquista, como un sarcófago de su pasado esplendor que guarda bajo la sombra helada de la muerte los inmensos tesoros de su suelo.

El Perú ha visto circular el oro: Echeñique se lo dió en 1852, Pezet en 1863, Balta en 1870, y hoy la libre acuñación le proporciona plata. Todo aquel oro unido al producido del país ha desaparecido y desaparecería también la plata si el Volante de la Casa de Moneda no fuera infatigable en reponer los *soles* que se *ocultan.*

El país ha estado consumiendo más de lo que produce, y enfermo con la nostalgia de la riqueza fácil, le faltó voluntad para sacudir el yugo del comercio extranjero, no ha tenido hombres que hagan *el viaje del trigo* ni flotas que trasporten sus productos y tampoco ha querido hacer lo que se le daba hecho porque nunca faltó con qué pagarlo.

Cuando perdió el Gobierno las rentas del guano y del salitre, que eran á la vez la fortuna del empleado, ya no hubo con qué comprar: mendigó el obrero y el grande bajó de la opulencia, porque todos vivían confiados de una falsa riqueza.

Y ¡pobre Perú! desesperado con su pobreza, que no es tal, busca refugio en el escepticismo que es la lepra que aparta los corazones y sólo alivia con el amargo consuelo del no ser, como si del pasado no más pudiera vivir el presente. Pero aprovechará la dura lección que la suerte fué implacable en darle y curará con el trabajo sus errores.

Argentina, ese gran feudo de la América en donde la Europa recoge su más abundante cosecha, tuvo oro también y lo per-

dió. Por sus riquezas debió conservarlo, porque hay un pueblo que trabaja; pero se hicieron arbitristas sus Gobiernos y quisieron escupir al cielo. Al consumo del país agregaron el consumo en oro de empréstitos fabulosos que suman mil millones de pesos, y esto no pueden pagarlo las leyes de los hombres. La Inglaterra, la gran banquera del mundo, es puntual y no se conforma con valores morales.

El Brasil, que vió oro en abundancia, cometió una gran torpeza y la está pagando en metálico. La política no deja mucho provecho á las naciones y debe contarse con que en todo lago tranquilo hay pescadores á la espera de la turbia para hacer la buena pesca.

Ecuador y Centro América se contentan con que los *soles* del Perú valgan, con el cambio de residencia, dos ó tres peniques sobre aquéllos y es todo lo más que los hace merecer su buena producción.

Colombia vive en el curso forzoso desde 1885. Las guerras de 1874 y de aquella fecha levantaron en el país grandes Ejércitos, que eran otros tantos «consumidores de artículos extranjeros» y elementos arrebatados á la producción. El exceso de consumo hubo de pagarse con oro y el papel moneda hizo su aparición. Se ha pretendido rescatarlo con plata y se ha incurrido en la misma torpeza que en Chile, acumulando pastas metálicas. Pero la naturaleza se burla de los arbitristas: en poco tiempo el papel colombiano valdrá más que el metal blanco. Los valores de la quina, del café y de los rieles que Colombia fabrica para sus ferrocarriles, pueden más en el mercado universal que las leyes bonitas de los Congresos.

Venezuela repleta las plazas europeas con marfil vegetal, oro, café, cacao, etc., y tiene cuentas pendientes por algunos millones á su favor. Por eso es que no le importa que la plata baje en Londres; su moneda blanca nacional se cotiza á la par con el oro que tiene en circulación: misterios para el monometalismo.

Uruguay, la pequeña República Oriental, es más valiente: con una mano muestra los pagarés á la vista contra Inglate-

rra y con la otra se guarda un 4% en el cambio de la veneranda libra esterlina á su papel del Banco del Estado.

Pero, para qué seguimos si esto lo conoce todo el mundo, si es la lucha comercial del universo, en que rige la fea práctica de la vida: el fuerte contra el débil. Si todos los pueblos sienten, como el instinto de conservación en los seres, la necesidad de defenderse.

El Asia, que es avara, se defiende de la Europa consumiendo poco, y como vive en el siglo XV y tiene su balanza comercial, produce mucho en busca de la plata, que es por hoy á lo que alcanza su riqueza.

La China, caso raro, ejemplo impráctico, se protege con su gran muralla.

En la joven América, donde los cerebros están repletos de fantasía y la cultura se extiende á todos los espíritus, no hallaría cimientos la muralla del Celeste Imperio, y en la balanza comercial no caben las aspiraciones y necesidades que crea la civilización moderna.

Por otra parte, la «renta de la tierra» de Quesnay es pobre renta de aldea en la gran ciudad universal y no da para las exigencias del siguo XIX. El arado no alcanza á la máquina en su marcha veloz y la manufactura va y vuelve el mundo entero antes que florezca la semilla.

De aquí viene una resultante clara y definida: la América se siente impotente para seguir equilibrándose en la marcha forzada del progreso. Las luces modernas cultivan la estética de lo moral y dan alas al espíritu; pero la materia rueda pesadamente sobre sus ejes mohosos y cada día va haciéndose más grande é insoportable este contraste con el tardío adelanto material de los pueblos americanos. Por eso vive la América agobiada por penurias económicas y sus triunfos son pasajeros sobre el gran coloso comercial del mundo, que la tiene exprimiéndose entre sus manos.

Si no se piensa, pues, de una vez por todas en abandonar la falsa creencia de que el valor de nuestra producción está medi-

do por lo que nos viene de afuera, superchería con que se nos engaña traidoramente, y si aún se sigue creyendo que los pueblos pueden vivir todavía de los productos naturales de la tierra como en los tiempos primitivos, no dejaremos de ser jamás una factoría de la Europa, nuestra industria vivirá aplastada en sus embriones sin asegurar jamás un progreso cierto y duradero y el adelanto moral que se infunde á las masas servirá sólo entonces para sentir mejor el peso de nuestra impotencia y medir la insondable profundidad de nuestros males.

Sin embargo en el camino de la práctica, hoy por hoy, creemos que nuestros esfuerzos no puedan ir más allá de recuperar el terreno que nos ha ganado la vieja Europa, entonando las perdidas fuerza y dando vida al raquítico organismo de la nación, con medidas que estimulen y faciliten la producción y resguarden enérgicamente la industria nacional contra la competencia extranjera. El camino es fácil y conocido, y seguro; todos los pueblos de la tierra que hoy viven á la sombra de la prosperidad, lo emplearon.

Una vez fuertes para la verdadera lucha ó en ocasión propicia, podremos levantar la bandera de emancipación comercial, diciendo al mundo, como la Gran Nación Americana del Norte: *el que quiera vendernos manufactura que venga á fabricarla aquí.*

Cerradas así las puertas del mercado, los mismos que hoy nos envían esos objetos á tan larga distancia, harán mejor negocio con trasladar sus fábricas y operarios á nuestro suelo, abundante de recursos y de clima bonancible, internando aquí como en Europa las materias primas que no existen, para abastecer pueblos que pueden pagar bien sus necesidades.

No hace falta para esto que nosotros ó nuestros hijos puedan ser los operarios de esas fábricas ni el genio industrial que se han formado otras naciones; nosotros vamos á aprovechar de él, porque son ellos mismos los que vendrán á darnos las lecciones de la práctica y á cultivar en la sociedad los hábitos de trabajo desconocidos en el país. Esto no es, pues, guerra al extranjero,

es guerra á nuestros vicios económicos que no nos permiten aprovechar sus buenas cualidades, y porque queremos que esas abejas del gran colmenar se asocien á nuestra humilde colmena.

La estabilidad monetaria y sus abstractos efectos no significan nada de todo aquello. La moneda no hace valer á los pueblos, son los pueblos los que hacen apreciable su moneda.

El oro que se traiga á Chile no va á cambiar nada, ni alterará en un ápice la marcha irresistible de los sucesos económicos, suprema ley que rige los destinos de los pueblos. Nada cambiará porque viene como riqueza artificial, como un baño metálico que el tiempo se encargará de quitar rápidamente, así como el aire despoja del oropel á la piedra que no lleva su riqueza incrustada en el corazón. Y, lo repetimos, durará muy poco, porque esa moneda es una semilla delicada que se arroja sobre arena movediza y bajo un viento reinante que la arrastrará lejos, muy lejos de nosotros.

Si el oro pudiera ser para el país un síntoma de prosperidad, ya nos habría llamado, porque es el mejor y más consecuente amigo de la riqueza de los pueblos. Mientras no se haga desear en esta forma lo arrastraremos pesadamente hacia nosotros, y encadenado con frágiles lazos que no tardará en romper, huirá luego convertido en enemigo.

¿Pero qué negra venda cubre los ojos para no ver la luz de la verdad? ¿Qué estamos haciendo? y cómo se van acumulando todos los errores que han sido fatales á pueblos hermanos.

Importando más de lo que exportamos, se trae oro para perderlo como lo perdió tres veces el Perú, como ya lo han perdido muchos otros países y también nosotros por la misma causa; anarquizada la familia chilena se alejan elementos de producción y de trabajo para hacer más sensible el desequilibrio comercial, y el Estado con sus finanzas averiadas se echa á las espaldas la pesada carga de gruesos empréstitos, que agregarán, como en la Argentina, al consumo del país, el enorme consumo en oro de sus servicios.

El difícil problema de la conversión metálica que ha dado tanto que pensar á notables hombres en el mundo entero, es resuelto por los arbitristas con la fórmula «sustituír simplemente el papel moneda por moneda metálica.» Esto no merece comentarios. Los arbitristas no cuentan con que la naturaleza no se engaña y que es implacable en convencer, que ante la ley suprema que gobierna las situaciones son impotentes las leyes de los hombres: ellas no alcanzan á las cosas y se vuelven contra quien las lanza á tan desigual combate, como torna á la cara el escupo que se arroja contra el cielo.

La pendiente porque vamos arrastrándonos es rápida y precipitará, como no se espera, el desenlace fatal de una nueva caída. Terrible caída de donde pluguiera á Dios nos levantemos siquiera con fuerzas para aprovechar de la experiencia, pero que, por más que queremos engañarnos, vemos más y más funesta, de tal modo que su expectativa nos inspira terror, y en el delirio que éste provoca vemos el pabellón de la patria hecho jirones.

Hay muchas nubes amontonadas en el ya negro horizonte de Chile, para que nos entreguemos con ciega pertinacia á ese *Carnaval financiero*. Si la tempestad se desata en medio de la embriaguez de la orgía ¡pobre Chile! Qué nos quedaría que esperar: aherrojados como Prometeo á la roca de nuestras desgracias, se perderán en el aire los lamentos, lamentos vanos de tardío arrepentirse.

Pero aún es tiempo, está viva la esperanza y arde en todos los corazones la fe, que no queremos apagar.

No ha llegado todavía la hora de exclamar como los romanos en el circo:

César, los que van á morir te saludan!...

Septiembre 10 de 1892.

—Escrito lo anterior, leemos en el editorial de *El Ferrocarril* de hoy, que la Sociedad de Fomento Fabril ha presentado un

proyecto para reformar las tarifas aduaneras sobre un sistema francamente protector á las industrias establecidas en el país. Sin conocer los detalles de la reforma propuesta, aplaudimos la idea general, permitiéndonos decir que esta será la primera y única medida de las tomadas hasta aquí, que verdaderamente puedan llevar al país á un régimen metálico estable.

IV

SIEMPRE EL ORO

«Si se pudiera cualquiera convencer, de que el dinero no forma solo la riqueza de una Nación, que siempre que posea abundancia de mercaderías y trabajo acumulado encuentra numerario, y se enriquece siempre que aumenta los productos de su agricultura é industria; comprenderá fácilmente que no tiene necesidad para ello de los extranjeros, y ninguna admiración le causará de que el comercio siendo siempre ventajoso tanto al comprador como al vendedor, es eminentemente provechoso á la Nación cuando ambos contratantes le pertenecen, que cuando uno de ellos es extranjero.»—SISMONDE DE SISMONDI, (autor libre cambista.)

En la sesión del 31 de Agosto próximo pasado hizo oír á la Cámara de Diputados una voz autorizada del Gobierno las siguientes palabras á propósito del proyecto financiero que se discute:

«El problema que se trata de resolver consiste simplemente entre nosotros en reemplazar el papel moneda por moneda metálica. Para esto hay que tomar en consideración dos factores: el poder financiero del Estado, que es quien debe retirar el

papel y el que ha de dar el metálico, y la situación económica del país en general en el momentos ó momentos de la conversión.

«Nadie duda del poder financiero de Chile para realizar esta operación. Desahogadamente podría pagar tres veces el papel existente. No cabe tampoco afirmación fundada, sobre que el estado económico sea tan desfavorable que impida la conversión.»

Vamos nosotros á ocuparnos en averiguar si efectivamente el Estado puede *desahogadamente pagar una sola vez* siquiera su papel y si la situación económica del país es hoy tan buena como debiera para operarse el cambio de circulante en condiciones de estabilidad y con provecho real para todos.

Nadie podrá decir que la situción financiera y económica de Chile en 1876 era envidiable: el Estado apenas cubría sus gastos y el país postrado por una aguda crisis veía desaparecer las últimas monedas de metal que componían su numerario.

Pues bien, comparemos nuestra actual posición con la de aquella fecha.

En 1876 gastaba el Fisco, más ó menos, 15 millones de pesos en los servicios públicos, cantidad que representaba á la vez las entradas que por entonces llevaban á las arcas del Erario nacional los productos de las aduanas, ferrocarriles, contribuciones é impuestos interiores.

La deuda pública de Chile era por aquel año como de 65 millones, correspondiendo de éstos, 37 millones á la deuda externa.

En 1892 las entradas fiscales llegan á 59 millones de pesos y su presupuesto de gastos sube á 73 millones.

El monto total de la deuda pública es próximamente 185 millones de pesos, y corresponden á la deuda externa 47 millones en oro.

Compárense así aisladamente estas cifras y se verá que el Estado en 1892, excediéndose en 14 millones de pesos en sus gastos y habiendo triplicado la deuda pública, está en peor situación

financiera que 1876. A nadie se le habría ocurrido sin embargo, en esta fecha contratar un empréstito por £ 1.200,000 para reponer el numerario exportado del país. Y si se toma en cuenta todavía que el 50 por ciento de las rentas fiscales lo forman hoy los derechos que se arrancan al salitre, se comprenderá mejor que siendo esa renta susceptible de desaparecer en parte ó en todo de las manos del Gobierno, no debe fiarse en ella como en un recurso seguro con que satisfacer nuevas y mayores necesidades que las que ya se ha impuesto y para las cuales no alcanzan desde luego sus presupuestos de ingresos.

No puede, pues, el Estado, pagar *desahogadamente* una sola vez siquiera los billetes emitidos, sin exponer al país á serios trastornos que analizaremos después.

Veamos ahora cómo debemos considerar la situación económica en general, parangonándola con la misma época elegida para comparación del estado financiero.

En 1876 el valor de los productos nacionales exportados era de 32 millones, próximamente, lo que quiere decir que, para una población de 2 millones de habitantes que lo era entonces la de Chile, la producción por cada uno valía 16 pesos.

La importación efectiva, según los valores de la Estadísca, subió entonces á 36 millones ó sea un consumo de 18 pesos por habitante.

La sinopsis estadística de 1890 da un valor de sesenta y ocho millones á la exportación, pero como se han incluído en esta cifra los importes del salitre y yodo, que son en realidad productos del extranjero, y á más el valor de las mercaderías reexportadas y el de las remesas en metálico, lo que hace en todo cuarenta y un millones, resulta que el importe de los productos chilenos enviados fuera del país sólo alcanza, en verdad, á veintisiete millones, lo que quiere decir que con una población de tres millones que hoy existe, cada habitante ha producido nueve pesos.

Deducidos de la importación los valores de cuenta del Estado, tenemos que ésta vale 63 millones, ó sean 21 pesos de consumo por habitante.

Haciendo el resumen de las cifras anteriores para producción y consumo por unidad de población, tenemos:

En 1876.

Producción	$ 16
Consumo	„ 18

En 1892.

Producción	$ 9
Consumo	„ 21

La diferencia entre el valor de los productos y el del consumo se ha hecho, pues, seis veces mayor en 1892 que lo que era en 1876, lo que demuestra que la situación económica de Chile es todavía mucho peor que la financiera.

Pero se ha venido haciendo mucho hincapié sobre este punto *exceso de consumo*, hasta negarse el hecho de que pueda existir; y la persona á que nos hemos referido al comienzo de este estudio, decía al Parlamento:

«Creo que nuestros consumos están medidos por nuestra producción.

«No sé quien nos mantenga á crédito y nos haya mantenido constantemente, desde que se emitió el papel moneda, sin sufrir en sus intereres.»

Como este es el argumento jefe de los metalistas y á la vez el más bien urdido sofisma de los interesados en mantenernos en el libre cambio, nos detendremos á fijar el punto de residencia de la deuda que impone al país el exceso de consumos, cuya existencia hemos probado, y á señalar con ella cuáles son los intereses que sufren sus consecuencias.

Dijimos que en 1876 los habitantes de Chile contraían una deuda de dos pesos por persona, igual á la diferencia entre los valores de la importación y exportación.

Es sabido por todos que entonces pagábamos esa deuda con el metálico exportado, y que llegó ese año á la cifra de cuatro

millones, entre monedas de oro y plata, ó sean dos pesos por habitante.

Este movimiento del numerario hacia el exterior se vino efectuando desde 1861, y con él se satisfacía el dicho saldo, mientras hubo en cantidad suficiente. Cuando éste faltó, se acudió á la *letra de cambio*, es decir, se empeñó el crédito.

Desde que tenemos papel moneda, las letras de cambio sobre Londres, París ó Berlín, que facilitan los Bancos, se compran con billetes, canjeándose en una proporción tal, que guarda armonía con la demanda que haya por aquéllas y con la mayor ó menor cantidad que exista de éste en circulación.

Pero el billete es un pagaré público, un *cobre allá* que los Bancos no pueden recibir para poner en movimiento oro en el extranjero, si no en muy buenas condiciones, y todavía con mejores garantías.

Así, pues, para garantir su crédito el Estado empeña sus giros y el propietario ó hacendado sus inmuebles.

Se calcula que mientras hemos vivido en el curso forzoso, tomando un tipo regular de cambio, la remisión de letras al extranjero que corresponden al comercio llega, por término medio, anualmente á treinta millones de pesos papel, de modo que en los catorce años corridos desde 1878 á la fecha, resultan girados al exterior, para pagos de nuestros pedidos, cuatrocientos veinte millones, moneda corriente.

Los Bancos que han sido los intermediarios entre los que piden la mercadería y los que la envían, contienen aun en sus carteras gran parte de esta suma en créditos por giros internacionales, que pueden descomponerse como sigue:

Caja Hipotecaria.....	$	40.000,000
Garantizador de valores.....	"	22.000,000
Banco de Valparaíso.....	"	14.000,000
Banco Nacional de Chile.....	"	10.000,000
A la vuelta.....	$	86.000,000

De la vuelta	$	86.000,000
Banco de Santiago	"	8.000,000
Banco Agrícola	"	7.000,000
Sección Hipotecaria de otros Bancos	"	13.000,000
Suma	$	114,000,000

La sección de depósitos, censos y cuentas corrientes de esos Bancos, alcanza á 200 millones, los que, agregados á la suma anterior, hace un total de 314 millones de pesos.

Agréguese todavía á esto el producto de los derechos del salitre que el Estado ha venido distribuyendo en el pueblo por intermedio de sus empleados y operarios, y que asciende á más de 100 millones de pesos en los años corridos desde 1880 á la fecha, y se obtendrá la cifra de 420 millones, aproximativamente, que es la que hemos señalado como el monto de los giros al exterior en pago de nuestros pedidos desde 1878.

Es en los Bancos, pues, en esos depósitos de las obligaciones de la República entera, á donde viene á parar también la deuda que el consumo impone al país, deuda que se traduce en forma de crédito que grava la propiedad territorial y que se mantiene pendiente sobre la vida del pueblo como la espada del tirano de Sicilia sobre la cabeza de Damocles.

Sin grandes esfuerzos cualquiera comprenderá que las consecuencias de tal situación pueden ser terriblemente desastrosas para la Nación, y que esa mina que inconscientemente va cargándose hasta el tope habrá de estallar algun día con una tremenda conmoción social que trastornará todo.

Supóngase por un momento que nos falten las rentas del salitre, de las cuales el Estado distribuye hoy, más ó menos, 5 pesos á cada habitante con los que se ayuda á pagar el consumo. En primer lugar quedando el Estado con una entrada de sólo 30.000,000 y teniendo que remesar 15.000,000 al extranjero para atender sus obligaciones, se desconcertaría por completo el ro-

daje administrativo en el interior, y privado, por otra parte, el pueblo de aquel contingente estallaría la crisis y la bancarrota general.

¿Serán inamovibles las rentas del salitre? La verdad es, por desgracia, que no lo son por muchas causas; por una bien dolorosa no lo fueron para el Perú. Bastaría un conflicto europeo para que nos viéramos privados de ellas, por lo menos, durante un año.

Cuando miramos el rumbo que marca nuestro porvenir por la senda económica que hemos elegido, deseamos de todo corazón que esas rentas fatales, sin trastornos ni desgracias, huyan de las manos de Chile, porque ellas, proporcionándonos un capital fácilmente adquirido con que satisfacer el consumo, han hecho abusar al pueblo desmedidamente de esos recursos y luego de su crédito. No se puede explicar de otra manera que hoy con la aparente actividad comercial que se nota en Chile haya llegado á producir cada habitante la mitad de lo que produjera en 1876, sino por la posesión de aquellas fáciles rentas y por las trabas con que el enorme gravamen que pesa sobre la propiedad dificulta y encarece la producción.

Con cuánta verdad nos dijera hace años un viejo Coronel peruano en Lima: «Chile ha mordido la manzana de su perdición: nos arrebató Tarapacá, que defendimos con la vida; pero no sabe que el salitre será su ruina como ha sido la nuestra el huano.»

En efecto, ya hemos llegado, en menos tiempo que el Perú, á igual situación económica y financiera.

Poco antes de la guerra, el mismo año de 1876 en que nosotros sin salitre dábamos ejemplo de cordura administrativa y de moderación económica, el Perú, dueño de esa codiciada riqueza, debía 180 millones de soles, tenía entradas por 66.000,000 y gastaba en los servicios públicos 74 millones.

Diecinueve años atrás, en 1857, también había tenido ese país un Gobierno que gastaba 16.000,000 y recibía 18, y el pueblo consumía con corta diferencia sólo el valor de sus productos.

En 1871 comenzó á reducirse en el Perú la oferta de letras

sobre el extranjero, y el comercio en la esperanza de que la crisis fuese pasajera, seguía internando mercaderías cuyas facturas cubría con el metálico que desalojaban los billetes de los Bancos de emisión. Contempló el Gobierno esta situación, y echó mano á sus leyes; las dictó imponiendo un gravamen de exportación al numerario de 3%, redujo en 1872 el peso de la moneda de oro de 32./258 gramos á 25 y, por fin, quitándole el curso legal se lo dejó sólo á la plata, que llegó á cotizarse con 5% de descuento. Se prohibió todavía exportar la plata; pero todo fué inútil, la deuda externa del Perú era de 165.000,000 de soles y absorbía como una esponja las rentas del huano y del salitre. El pueblo peruano dejó de recibir el contingente necesario para ayudarse á pagar el consumo de las mercaderías que se importaban y la crisis estalló violentamente: los billetas bancarios bajaron del valor, vino la inconvertibilidad y el papel moneda entró á reinar.

Compárese ahora la posición del Perú en 1876 con la de Chile en 1892 y se hallarán tan parecidas entre sí como eran á las veces la de 1857 para el primero con la de 1876 para el segundo.

El Perú había tenido tres veces oro en ese período de 19 años, y otras tantas lo vió desaparecer, obteniendo como único resultado de su apego al precioso metal el aumento progresivo de su deuda externa hasta llegar á un grado tal que sus intereses arrebataron al pueblo lo que le era necesario para comprar.

¿Es lógico ahora que en Chile se esté pensando en traer metalico?—Entregamos estos datos desnudos de toda clase de comentarios á aquellos á quienes corresponde dar al país la respuesta.

No desconocemos los perniciosos efectos del billete, descritos por notables economistas con los más negros colores; pero no nos atrevemos á pensar como los franceses, después del fracaso del Banco de Law, que debe dictarse una ley prohibiendo para siempre el uso del papel en Chile, porque eso significaría que no conocíamos las causas que llevan á un pueblo al régimen del curso forzoso, causas que, como hemos repetido hasta hacernos fatigo-

sos, no son susceptibles de ser dominadas por las leyes. Es una ridícula balandronada la de un pueblo cuyos legisladares gritan: «no queremos tener más billetes.» El papel vendrá cada vez que las naciones descuiden el buen manejo de sus finanzas, que los gobiernos entren por la vía del derroche, que el pueblo abandone el trabajo reproductivo y se entregue al lujo, y será plaga periódica y muy común para los países americanos que no quieren ni piesan asegurar su independencia comercial y viven engañados por las seductoras pero pérfidas doctrinas de los que haciendo su negocio, les cavan silenciosamente honda tumba á donde llegan á caer envueltos en el mugriento sudario de la miseria y de la desesperación.

No gasten su genio los que estudian estas cuestiones solucionándolas por otras causas que las que emanan naturalmente de los hechos y de la historia de los pueblos, y los redactores de El Heraldo que han recopilado en un folleto sus editoriales sobre finanzas y administración pública, que hemos leído con entusiasmo, han perdido, en cierto modo, sus valiosas investigaciones, equivocando el camino de obtener con ellas la solución del problema que nos ocupa, como lo han estado equivocando asimismo todos los gobiernos americanos al creer que podrían arreglar de un día para otro sus finanzas y formar á su antojo de países minados económicamente, pueblos robustos y felices al influjo de buenos decretos financieros.

Chile no puede hoy reducir violentamente sus gastos, quitando al país lo que le ha acostumbrado á recibir para satisfacer las necesidades que se ha venido creando. Si lo hiciera, como lo obligaron á hacer sus acreedores al Perú, el comercio que no se da cuenta de estos fenómenos, seguiría importando y la crisis, ya bien preparada, no se haría esperar con su terrible cortejo de fatales consecuencias. Y es á este fin, precisamente, á donde se nos arrastrará con las medidas que se pretenden tomar reduciendo los gastos é imponiendo nuevas contribuciones en el interior y aumentando la deuda externa con otros empréstitos.

La situación es, en realidad, más difícil de remediar que lo

que se ha asegurado con tanta ligereza en el seno del Parlamento, porque exige un plan bien meditado y enteramente contrario al elegido y que ha de ejecutarse con tino, pues el peor de los males lo acarrearía la precipitación.

Abandónese esa fiebre por el oro que no nos conduce á nada práctico, y estúdiese detenidamente la verdadera posición de Chile. Este estudio será el mejor libro de economía para el país, en donde hallará marcado claramente el rumbo que le conviene seguir y que hasta ahora no divisa en parte alguna. Á la transparente claridad de esas verdades se divisarán también fácilmente las causas de todos fenómenos que hoy en forma inexplicable influyen de diversos modos en la vida de la sociedad.

Nos convenceremos, por ejemplo, de que la traída de emigrantes á Chile es totalmente infructuosa, mientras no se la desarrolle en forma de verdadera inmigración industrial, porque el operario extranjero no hallará en un país cuyas industrias producen 2 centavos por habitante como ganar la vida holgadamente; como agricultor sus procedimientos están en abierta pugna con los nacionales y como colono tropezará con un pueblo altivo que lo repudia y quiere maltratar. En las condiciones económicas en que nos hallamos, la inmigración sólo suele tener efecto en países que se dejan absorber por completo del extranjero en sus trabajos y comercio, como la Argentina, ó en aquellos en que el carácter nacional es excesivamente sumiso y pacífico como en el Perú.

Sobre todo habrá de verse que esa palabra *cambio* á la cual se dan tantas y tan varias explicaciones, tiene por principal medida en la práctica la magnitud del consumo de efectos extranjeros. Y se verá lo que vale para un país la adquisición de las industrias fabril y manufacturera y cuánto conviene á los pueblos afianzar su independencia comercial.

El viento del olvido arrastrará los sueños quiméricos que hoy perturban los cerebros, y tomaremos el ejemplo en el pasado de otras naciones que lucharon también como nosotros contra los azares de la suerte y contra las resultas de su anterior ceguedad.

Veamos á la Francia, cuya Cámara de Comercio en Lyon, decía en 1806:—«¿Cuál es la posición actual de Francia? Fatigada durante 12 años de una revolución sangrienta y costosa, agotada por un estado de guerra casi continuo, inducida por la fertilidad de su suelo y de su feliz situación á atender menos á los intereses de su comercio, la Francia ve disminuirse anualmente sus capitales, y la balanza del comercio de muchos años á esta parte le es sumamente desventajosa; se halla en la situación de una casa de comercio que trabajando sin provecho se arruina en la misma razón de los esfuerzos que hace para sostenerse. Este empobrecimiento universal nos hace inclinar naturalmente hacia el bajo precio de nuestros consumos, y las manos pérfidas que nos lo ofrecen, no nos le ofrecen sino para conducirnos con más rapidez á una ruina total.»

Estas observaciones fueron atendidas por el Gobierno de París y la Francia que no producía en 1789 con todas sus fábricas de algodón ni 80 millones de francos, siendo libre la internación de las manufacturas inglesas, en 1812 el valor de esa mercadería pasaba de 200 millones á poco de haber roto el tratado comercial con Inglaterra.

Esta última nación, hoy tan poderosa, hace cosa de dos siglos sacaba de Holanda todos los tejidos y Alemania le enviaba la quincallería con que ahora surte al mundo entero. En 1720 todos los artículos fabricados de cobre que necesitaba la Gran Bretaña iban de Holanda y Hamburgo y en 1801, esa industria reportaba á Inglaterra 84 millones de francos y vivían con ella 60 mil personas.

Si los ingleses y franceses hubieran atendido á las máximas de Say de que conviene á toda nación comprar fuera siempre que puesto el objeto en el lugar del consumo, salga todavía más barato que fabricado en él, Inglaterra y Francia se hallarían como en el siglo XVII; pero para su futura felicidad no lo comprendieron así y entraron, primero una y á su ejemplo la otra, á practicar el más absoluto régimen protector, el que se halla perfectamente retratado en las siguientes palabras que en

1834 se oyera en la Cámara de Artes de Elbeuf en Francia: «No conocemos una legislatura más prohibitiva que la inglesa. Consultad su ley de aduanas y su famosa acta de navegación y en cada página veréis inscritos los medios de que se han valido estos diestros y egoístas insulares para llevar al mayor esplendor su agricultura, su industria fabril, su poder marítimo y comercial. Imitémoslos. No nos dejemos coger en las redes que nos tienden: acordémonos de Mr. Vergenes: no olvidemos que hace 40 años que resistieron á practicar las teorías desenvueltas por Adam Smith.—Pitt admiraba su talento, pero fué sordo á sus consejos.»

Como Inglaterra lo hizo la Francia, y después los Estados Unidos de América y todos los otros pueblos que hoy son grandes naciones. En el mundo civilizado sólo parte de la América y algunos países desgraciados, viven al engaño de los pérfidos manejos de los mercaderes del Oriente que, ingratos hoy con el verdadero origen de sus grandezas nos lo ocultan, deslumbrándonos con el brillo de bellas teorías destinadas á uncirnos fatalmente el yugo de su dominación.

Ese febril deseo por el oro no es otra cosa que una sugestión hipnótica de su despotismo comercial, nuevo recurso que facilitará á los que nos explotan, los medios de tenernos todavía más seguros entre sus manos.

La Inglaterra impone la aristocracia del monometalismo oro porque se lo proporciona fácilmente su comercio y le convine relegar la plata á los usos viles para emplearla á bajo precio en sus manufacturas.

La América juega en esto uno de sus más grandes intereses y debe hacer todo lo contrario de lo que Inglaterra quiere.

Los pueblos del Sur de este Continente reunen 40 millones de habitantes, repartidos en una superficie dos veces mayor que toda la Europa y en un suelo protegido cariñosamente por la naturaleza. Pocos años de cordura y de energía perseverante les bastará para levantarse más alto, mucho más, que el Viejo Continente.

Chile por su situación topográfica está llamado á dar el primer paso; escondido en un rincón de la América á donde llega la manufactura europea venciendo las inmensas vallas del océano, le cuesta muy caro vivir así. Debe aprovechar sus buenas cualidades en la gran cruzada de la regeneración americana. Sin que nos ciegue el amor patrio, lo vemos descollar entre los demás pueblos con dotes que lo hacen apto para formar el modelo, producción variada, fertilidad inagotable, hermosas costas, pueblo fuerte y laborioso, inteligente y práctico, espíritu conquistador y bravo: esto es todo lo que pide Listz (fundador del proteccionismo alemán) para que una Nación llegue rápidamente al más alto grado de perfección.

No se tema que la política venga á derrumbar más tarde la obra cuyos cimientos estamos trazando; la política y los deplorables excesos á que nos arrastran sus pasiones, es la tarea con que hoy distraen la ociosidad de su abandono comercial, los pueblos americanos, pero ocupados en labrar su felicidad mañana, se olvidarán de sus ruindades; se olvidarán de ellas como los Estados del Norte para estampar en las banderas de sus partidos esta sola palabra: Trabajo!

Vuélvase ahora la vista hacia atrás y se verá por lo que dejamos escrito que nuestro porvenir se diseña con tintas enérgicas y claras. Si se nos conduce por una senda prudente y sabia treparemos luego á la mayor altura, si se equivoca el camino y se nos deja entregados al ocio y á la política, pronto, muy pronto, el cataclismo social más espantoso que haya contemplado el universo tendrá lugar entre nosotros, el anarquismo y la miseria nos destrozará totalmente, daremos al mundo civilizado el espectáculo de Saturno devorando á sus propios hijos y divididos para siempre los chilenos irán errantes á mendigar patria en ajenos suelos.

Hay para los pueblos un destino fatal, bueno ó malo, todo está en el camino que se elija.

Ha llegado para Chile el momento supremo de la elección.

Por nuestra parte no sentiremos fatiga en la lucha que hemos

emprendido contra ese proyecto que sólo nos ofrece por remedio el oro, y seguiremos señalando la única ruta que nos llevará al bienestar común, ruta que no hemos descubierto nosotros porque está escrita con fuertes caracteres en la historia de todos los pueblos que han formado el universo.

Tenga este Gobierno sagrado respeto á la libertad y á la propiedad individual, mida prudentemente sus gastos, no quite á la producción más que la parte necesaria para cubrir sus atenciones, allane toda dificultad al comercio *interior* y á toda costa asegure el mercado doméstico á la producción nacional y no tendrá por qué temer á la baja de la moneda que hoy nos aflige, porque no volverá, y habrá conseguido por estos medios levantar la riqueza pública al deseado esplendor que anhelan los chilenos.

Y aquí levantaremos hoy la pluma. Ya pasan frente á nuestros balcones los que vuelven de ofrecer su alegría en holocausto de amor a la patria engalanada.

Nosotros le ofrecemos estas líneas, la mejor muestra del cariño que nos llena el corazón.

18 de Septiembre de 1892.

YA AMANECE...

CONCESIONES Y TRATADOS COMERCIALES

> «El empleo más productivo de los capitales para una Nación, después de fomentar la balanza, es el que tiene por objeto la manufactura y comercio interno, porque pone en movimiento una industria cuyas ganancias se quedan en el país, al paso que los fondos empleados en el comercio externo aprovechan indistintamente á la industria y tierras de todas las naciones, y si el Gobierno las fomentare antes de tiempo, cometería un grave error, porque distraería los capitales de la Nación de los empleos más propios para aumentar su renta.»—SAY.

Mucha tinta, mucho papel y muchas horas arrebatadas á nuestro trabajo diario nos economizan las voces que por primera vez en el Parlamento chileno, se han hecho sentir en la sesión celebrada por la Cámara de Diputados el 24 del presente mes, pidiendo protección práctica para la industria nacional.

Ya podemos decir que amanece para Chile: la luz viene á iluminar la oscura é incierta senda de nuestra ruta comercial; benéfica claridad que despertará al pueblo de su postración, y al calor saludable de sus vivificadores rayos dejarán gozosos los

chilenos el lecho fatal de su pasado abandono. Caerá deshecho en polvo el negro lodo que á nuestra vista arrojaron con sus doctrinas los enemigos de la grandeza de Chile, y caerá á sus propios pies.

Los que miran con otros ojos que nosotros estos grandes intereses á que se vincula en absoluto el porvenir del país, nos llamarán visionarios y exagerados, porque no podemos apagar estas voces de júbilo y de amor patrio al columbrar los primeros rayos de la aurora de nuestra emancipación comercial. Que mucho será que aparezcamos como sentimentalistas ante los que viven con el corazón empapado en el hielo de la indiferencia, si locura es la felicidad que no se siente y son ridículas sus expansiones cuando no nos dominan.

Pero Chile sentirá como nosotros alegría y gratitud al ver que se prepara su dicha y bienestar para el futuro, y el público nos ha de perdonar el giro que nuestra pluma, al correr veloz sobre esta hoja, imprime á cuestiones de por sí tan áridas y que exigen calma y reflexión para tratarlas.

Mas, tampoco vamos á llenar las columnas del diario que nos presta generosa hospitalidad con sólo palabras de júbilo y de elogio para quienes lo provocan: las nubes del incienso se pierden en el aire y á las alturas no llega más que el eco de los salmos.

Entremos, pues, en materia.

Dos corrientes vemos desarrollarse en el seno del Parlamento: la una morosa, que aún no se despierta del pesado letargo en que por cuatro siglos nos ha sumido el libre cambio, y la otra nueva y vigorosa que se lanza con arrojo hacia su objetivo y no rapara en los medios para llegar al fin.

En el presente estudio, y á la medida de nuestras pobres fuerzas, vamos á tratar de dar forma á los principios generales del proteccionismo y á dilucidar sobre algunas de las interpretaciones que, al ser llevada á la práctica esta doctrina, merece de amigos y enemigos.

Todos saben que la piedra angular sobre que reposa el siste-

ma protector es la liberación á las materias primas de que se alimentan las industrias y restricciones para los productos similares de extranjero.

Los autores economistas están todos de acuerdo, y lo declaran directa ó indirectamente, en que sin estas bases no podrán surgir las industrias en un país que con noveles recursos no puede competir ventajosamente entre otros más adelantados en el arte y dueños de la preferencia en el mercado universal.

Esto es enteramente lógico, porque ambas cosas son tan necesarias á la vida de las fábricas como indispensables son el alimento y los medios de conservación al cuerpo organizado que vive y se desarrolla entre otros que experimentan iguales necesidades: la liberación de derechos á la materia prima es la subsistencia fácil y el recargo aduanero al objeto del exterior es su única arma de defensa.

La práctica de todas las naciones ha sancionado la legalidad de estos recursos y de por sí son justos y sanos preceptos los que conducen á un pueblo á resguardar los intereres de que pende su existencia libre, como es sano y justo que el hombre defienda su vida y conserve su fortuna. Y es la vida de un pueblo su trabajo y la remuneración que por él recibe de otro pueblo su fortuna.

En la condición en que hoy viven los pueblos del universo, ni aun los alimentos son ya los productos primitivos de la tierra: todo pasa antes de servir á las necesidades de los hombres por la infatigable manipulación de la industria, y de la inmensa y eterna demanda por sus obras depende que esta venga á ser la mejor válvula de riqueza para las naciones que á explotarla se dedican.

El pueblo que sólo cifra su riqueza en los productos naturales está condenado fatalmente á no verla aumentarse jamás, porque todas sus necesidad las satisfacen las creaciones de la industria, y precisado á recurrir á otros por ellas, pagará en doble su propia producción trasformada, quedándole como único fruto de su trabajo el haber ganado apenas la subsistencia.

Es, pues, la industria la principal fuente de prosperidad para los pueblos, y á cultivarla deben concurrir todos los esfuerzos de los que se interesan por el bien de su país, y cualquier sacrificio que se imponga una nación para obtenerla, es corto en comparación de los beneficios que ha de recibir después.

De sacrificios hablamos, como si los hubiera, que en verdad no los hay. Tal vez los necesitó Inglaterra para formar la primera de un montón de estériles rocas una roca de oro que es hoy; pero para Chile, para este pueblo joven y robusto y lleno de recursos, no los habrá, porque todos esos falsos obstáculos que se nos oponen, duro es decirlo, no son sino obra de nuestra ceguedad y lodo que aún queda sobre los ojos.

El estudio cabal de nuestra verdadera posición comercial y el acertado sondaje de las fuerzas con que por el momento cuenta la nación, dará la medida ó el grado con que debe aplicarse el principio fundamental del proteccionismo: *liberación de derecho á la materia prima, recargo al objeto similar del extranjero.*

No hay otros medios que éstos, no hay más resorte que tocar: sencillo, pero mágico resorte es éste que hará cambiar como por obra de encanto la faz de Chile; cómodo recurso y que está modelado en los preceptos de estricta justicia y equidad, preceptos que son las más imperiosas exigencias del comercio.

No se puede decir lo mismo, por desgracia, del sistema de protección á concesionarios industriales y las preferencias que á algunos va otorgando uno de los altos cuerpos legislativos.

Por principio las preferencias son odiosas y el privilegio es el peor enemigo de la vida libre de las industrias.

Si hoy se privilegia á una empresa cualquiera con facilidades sobre otras para establecerse en el país, se le concede desde luego el derecho de monopolio y con él se habrá abierto ancho campo al abuso que luego recae sobre el consumidor, y lo que es peor se abate y desalienta el espíritu emprendedor de los demás.

Hoy vemos, por ejemplo, que se presentan dos empresas que

desean plantear fábricas de velas de *composición* en el país. Se va á dar preferencia y facilidades á una, y con esto hemos sembrado la semilla fatal del privilegio, hemos roto las alas al progreso de esa industria y á la libre competencia, único amparo del consumidor.

Los representantes del pueblo en las naciones que experimentan esta clase de metamórfosis, han sido siempre los vigías avanzados de la industria, ellos la han divisado venir antes que llegue y ellos les han abierto á la vez, sin solicitud, las puertas del mercado doméstico y cerrado con doble llave la entrada al extranjero.

Así es como se atrae rápidamente buena inmigración industrial, porque la Europa entera tiene ahora sus ojos puestos en este Continente, esperando ansiosa el momento de que se le ofrezca protección para venir á fecundar las fértiles comarcas de nuestro suelo.

Protegidas igualmente, por una ley común á todos, las dos empresas á que nos hemos referido, se establecerían á la vez y competiendo en rapidez, baratura y perfección reportarían brevemente al país las ventajas que no se lograrán de otro modo, y todavía esas fábricas no impedirían el establecimiento de una tercera, de una cuarta... Lo que ellas produjeran de sobra para el consumo de Chile iría á venta al extranjero para volver en dineros ó especies de valor que acrecentando la riqueza pública nos pondrían en las manos los *únicos* recursos para volver á la circulación metálica que hoy, con habilidoso artificio, se propone darnos el proyecto financiero ya aprobado por la Cámara de Diputados.

No se diga que esto no es práctico y que no conociendo el país las industrias ha menester que sea uno el primero en mostrárselas. Esto lo hizo la nación que diera á conocer al mundo la industria, porque las demás se sirvieron de ella y de las otras; á nadie quepa duda que los que hoy vienen, por ejemplo, á fabricar velas á Chile, ya las han fabricado en otra parte...

Hay que huir de los privilegios como de la sombra fatal del

libre cambio, porque ellos no son sino la triste herencia que nos deja por legado esa doctrina.

Y todavía más que de los privilegios en el interior es necesario huir de los tratados comerciales, que son privilegios en el exterior, porque el efecto de éstos es aún peor que el de aquellos, pues aniquila y mata de dos modos. Así como la artificial reforma monetaria nos alejará, quizás para siempre, del oro, así ese artificial sistema de comercio nos alejaría de igual modo del completo adelanto industrial.

Se ha dicho que «el Gobierno se preocupa actualmente de celebrar tratados comerciales con Bolivia, el Perú, el Uruguay y el Brasil.» Esto quiere decir que los poderes del Ejecutivo y Legislativo van encarrilados por la misma línea: ambos se lanzan á la vía de los privilegios.

Para no gastar y repetir argumentos conocidos, transcribiremos íntegro un párrafo de la notable obra de Mably intitulada *Droit public de l' Europe*, que tenemos á la vista, y en la cual se halla justamente la medida de lo que son los tratados comerciales.

«El comercio, dice Mably en el capítulo II de su obra, á excepción de las convenciones que miran al derecho de gentes, no debe ser objeto de otras negociaciones, debiendo extenderse solamente éstas á convenios generales para asegurar la libertad de los mares y navegación; en lo demás no debe depender la nación sino de sí misma. Si una potencia no favorece más á sus súbditos que al extranjero, su industria sufocada destruye necesariamente su comercio, y el Estado en lugar de comerciantes, sólo tendrá comisionistas. Ni es menos evidente que todo privilegio particular que toda nación conceda á comerciantes extranjeros perjudica su tráfico. Las preferencias la abaten, los comerciantes que se disputan la gracia, abusan luego de ella para ejercer una especie de monopolio: otros aspiran á las mismas ventajas, se hacen temer para conseguirlas, ó las compran por medio de algún beneficio. Luego que una gracia particular pasa á formar un derecho general, cesan á la verdad los mo-

nopolios individuales, pero el Estado ya no es dueño de las leyes de su comercio y se ve en la humillante situación de ser tributario de la industria y actividad de sus vecinos, cuya emulación ha vivificado extinguiendo la de sus súbditos.

«La consecuencia natural de lo que acabamos de decir es que el comercio, exceptuando las convenciones que miran al derecho de gentes, no debe ser objeto de negociación. Cada potencia no debe depender sino de sí misma, y después que haya hecho los reglamentos que crea más sabios relativamente á su situación, á la naturaleza de su riqueza y á la industria de sus habitantes, tenga como la Inglaterra la firmeza de jamás ceder en favor del extranjero.

«Esta firmeza debe formar toda su política.»

Todo lo que salga de estos sabios y prudentes preceptos se aparta de la conveniencia de los bien entendidos intereses de los pueblos y de la colectividad de ellos, como se apartará también de las leyes naturales que impulsan y gobiernan la existencia tanto en los séres como en las naciones, porque unos y otros tienen en sus manos los medios de mantener su vida por sí solos y está impreso en el espíritu el justo y noble sentimiento de la ambición: no se le ciegue, de ningún modo, ni en el hombre ni en los pueblos, porque rotas las alas del alma, no hay más allá ni porvenir.

Qué son esos tratados comerciales si no desconfianza de las propias fuerzas de un país que va á mendigar de otros un amuleto; qué son si no el desconocimiento de las supremas leyes que mantienen sobre los hombres y las cosas el perpertuo equilibrio de la vida del universo y que, por fin, son sino vanos subterfugios de que el comercio no vive porque tiene asegurada su existencia en la variedad de las necesidades y recursos de los pueblos.

No podrían hacerse peor daño entre sí los países de la América que el de celebrar convenciones aduaneras, porque con ellas cada nación remacharía una losa funeraria sobre la producción á quien daba competidor con el producto extranjero privile-

giado. Y Chile, ni ningún otro pueblo americano debe buscar la miseria en sus vecinos: ricos y opulentos los que nos rodeen pagarán mejor que míseros y pobres los que necesiten de nosotros para vivir.

Esta ambición es noble y justa porque se eleva sobre las sólidas bases de la equidad y de la honradez.

La historia, ese gran libro que el tiempo viene escribiendo para enseñanza de los hombres, y que tan pocas veces se consulta, marca con funestas huellas el paso de los tratados comerciales que han celebrado las naciones.

En 1730 la Inglaterra negoció por conducto de Mr. Methueen un tratado aduanero con Portugal, en que se concedían mutuas franquicias: éste á las manufacturas británicas y aquélla á los vinos portugueses.

Halló luego el Portugal un desengaño. De puertas afuera de su mercado sólo vió crecer la exportación de sus vinos en unas 1,000 toneladas, después de algunos años; pero al interior pasmábanse los portugueses de ver que sus fábricas, antes animadas por el celo protector del Conde de Ericeyra, yacían lánguidas y muertas para siempre.

La vanidad de los Ministros franceses, fué á su turno cogida hábilmente por el talento de Pitt.

El tratado comercial de 1786 entre Francia é Inglaterra, roto más tarde por voluntad del pueblo francés, demuestra sus resultados por estas cifras:

Inglaterra envió mercaderías á Francia

en 1787 por valor de 58.580,000 francos.
" 1788 " " " 68.000,000 "
" 1789 " " " 58.000,000 "

Y Francia á Inglaterra

en 1787 por valor de 38.000,000 francos.
" 1788 " " " 34,000,000 "
" 1789 " " " 36.000,000 "

Lo cual convencería fatalmente á los franceses que en la lucha del fuerte contra el débil, la victoria es segura para aquél.

No se nos vaya á motejar de añejos, porque estamos trayendo tan antiguas citas; tal vez muchos preferirían que nos echáramos á disertar, por ejemplo, sobre las consecuencias de los convenios que se están celebrando actualmente entre Alemania y Austria; pero de qué servirá que pronostiquemos al Austria un desengaño y demos las pruebas de nuestra afirmación, si nada tenemos de semejantes con ninguno de esos pueblos y sí, en cambio, lo tenemos con lo que de un siglo atrás fueron Francia y Portugal.

Es, pues, en el pasado de las naciones, ahora opulentas, donde debemos buscar el ejemplo y la experiencia que nos conviene utilizar; hoy no puede ya darnos lecciones provechosas su modo de vivir, porque no corresponde á la satisfacción de necesidades iguales á las nuestras.

Pero no comprendemos cómo es que los tratados comerciales vienen apareciendo ahora como un nuevo recurso salvador de la situación, si ya en varias ocasiones nos los han propuestos los Estados Unidos y el instinto de conservación nos ha hecho huir de ello. No lo comprendemos en verdad, sino con la explicación de que pueda existir la creencia de que estamos en situación de llevarnos la mejor parte en las negociaciones que se pretenden celebrar con Bolivia, Perú, Brasil y Uruguay. No sabemos en qué consistirán esos tratados, pero cualesquiera que ellos sean, sin temor de engañarnos, podemos adelantar que convenios con Uruguay y Brasil no nos convienen, y todos ellos á la vez, en consecuencia con nuestras doctrinas, son vedados recursos en la práctica del comercio, de los que un pueblo no debe echar mano si quiere conservar intacta su integridad y honradez. ¿Hay alguien que mire con buenos ojos el pacto de comercio que los Estados de Norte América han impuesto al Brasil? No, porque tal tratado no hace honor á un gran pueblo como la opulenta Nación del Norte.

Esa es ruin y mezquina ambición que mata el sagrado derecho de igualdad. Miserable ambición de los que no comprenden que por sí mismos pueden, con la frente levantada, subir tan alto como quieran.

No debemos, pues, pensar en tratados comerciales. Mucho tenemos que hacer aquí entre nosotros, para que ya nos esté preocupando el modo de vivir de nuestros vecinos.

Concéntrense todas las fuerzas y elementos de actividad en nuestro territorio y levántese á este pueblo de una vez del humillante servilismo comercial en que se le tiene postrado; pero no se principie por desconfiar de él, porque nadie tiene derecho á desconfiar de los chilenos: el pueblo que solo rompió las cadenas de la esclavitud, el que solo clavó sus bayonetas en el Morro y solo ha hecho inmaculada su bandera, solo podrá también alcanzar su felicidad y su fortuna.

Valparaíso, Septiembre 28 de 1892.

V

LUZ Y SOMBRA

FINANZAS REVUELTAS

« En el vasto plan de reformas en debate, sólo hay un hecho que caracteriza todas las medidas que se toman para corregir el malestar económico « presente y prepararnos á una conversión metálica futura. Este hecho es- « triba en dos recursos: comprometer una vez más el crédito del país y rea- « gravar los impuestos fiscales y municipales.

« Esta base es falsa, errada é inaceptable. El empobrecimiento del país « nos ha herido en la vista: tomando los efectos por las causas y atribu- « yendo todos los fenómenos económicos á las oscilaciones del circulante « fiduciario, se ha creído que suprimiéndolo á *fortiori* habremos clavado la « rueda de la fortuna y volveremos á la circulación metálica y al restable- « cimiento de la riqueza pública.

« Para salir de la circulación fiduciaria, que es una verdadera desgracia, « no todos los caminos son buenos, ni todos los instantes propicios. De « dónde debemos esforzarnos para salir *ante todo* y á costa de cualquier « sacrificio es de la ruta que nos lleva al empobrecimiento del país y al « abatimiento de su crédito.

« A este doble propósito no marcharemos con las leyes aprobadas, ó por « aprobarse en el Congreso.

« Las leyes no deben perseguir ficticios ó transitorios arbitrios de bien- « estar, sino atender á los intereses permanentes del país y á su sólido « restablecimiento económico futuro.

« La conversión que nosotros intentamos no podía ser iniciada en época « más inoportuna.

« Para alcanzar éxito en esa empresa, todo dependerá de la manera como « nos preparemos para realizarla.

« Nada por ahora de empréstitos, nada tampoco de incineraciones anti- « cipadas, nada, por fin, mucho menos de elementos ficticios y empíricos.

« Para todos los males no hay otro remedio cierto que las economías, y « sólo las economías.

« En suma, pues, creemos que lo que debiera hacerse es designar desde « luego un día fijo para la conversión, aplicando la ley de 1887, modificada « en algunos de sus detalles para consultar un propósito de ejecución más « inmediata, é invirtiendo para este objeto nuestras economías en retirar « anualmente la cuarta parte de la circulación fiduciaria y en adquirir pas- « tas metálicas.

« Posible, y, más que posible, probablemente, habremos incurrido en « errores, pero en la expresión de simples opiniones individuales, que *no* « *tiene más fuerza ni autoridad que la que les presten los fundamentos en que* « *se apoyan*, no hay nunca peligro de causar el mal.» – Luis Aldunate.

Con vivísimo y singular interés hemos leído el notable estudio económico intitulado *Finanzas revueltas* que apareció en El Ferrocarril con fecha 30 de Septiembre, y cuyo extracto colocamos á la cabeza de estas líneas.

Empeñados, como estamos, en discurrir sobre la situación económica de Chile y en buscar los medios por los cuales pueda mejorarse en bien de todos, la opinión autorizada del señor Aldunate viene á ofrecernos un valioso contingente en esta empresa, confirmando la mayor parte de lo que ya hemos dicho en nuestros anteriores estudios y robusteciendo nuestras doctrinas con un voto que merece la plena confianza del país.

Solos y aislados como hemos venido hasta aquí luchando contra la corriente poderosa que extiende su influencia sobre todos los cerebros y sobre todos los espíritus, la voz del señor Aldunate es un soplo de aliento á nuestras fuerzas y halagadora esperanza de que ya no se perderán en el vacío estéril del doctrinarismo, principios que sólo se inspiran en el verdadero interés que tenemos por contribuir á la futura prosperidad de Chile y que emanan de un corazón preñado con el más ardiente patriotismo.

Si antes hubiéramos sido amuletados por tan inestimable

cuanto inesperada ayuda, mucho se habría acortado esta tarea y las largas disertaciones, indispensables para establecer las bases de nuestro criterio, habrían quedado en el tintero, aliviando á nuestros lectores de su monótona y fatigosa revista. Nuestro aislamiento nos ha forzado á tejer una red de principios que, desenvueltos sin dotes de escritores y sin talento para improvisarlas, habrá dejado probablemente muchas dudas é incertidumbres en los que buscan la verdad. Con su luminoso estudio ha roto el señor Aldunate las sombras que nuestra impericia pudo crear en el espíritu público, y dando forma concreta á la argumentación fundamental de nuestras doctrinas, la deja transformada en arma de combate, contra el proyecto financiero aprobado por la Cámara de Diputados, que se esgrime con la fuerza incontarrestable de la evidencia de los hechos.

Séanos permitido ahora volver sobre nuestros propios pasos, para resumir en argumentos concisos el largo desarrollo á que han alcanzado nuestros anteriores estudios.

El circulante metálico en un país que vive en la situación comercial del nuestro, es pura y exclusivamente una manifestación de abundancia y de riqueza pública.

Por más esfuerzos que se hagan para probar que puede conservarse el numerario mediante leyes ó recursos especiales, no se llegará jamás á borrar la existencia de los hechos que contemplamos día á día en todos los países americanos y que también han tenido lugar entre nosotros. Estos hechos nos hacen ver claramente que cada vez que disminuye la producción ó aumenta sobre ésta con exceso el consumo, el circulante metálico, con ley ó sin ley, huye del país para ir en pago de los saldos diferenciales que arroja la balanza, y viene en cambio el papel moneda, ó sea la moneda de crédito, como único recurso salvador de las necesidades públicas y privadas.

Salió de Chile el metálico en 1878 sólo por esta causa, y vino la inconvertibilidad del billete, porque no podía ser convertido en lo que ya no existía en el país. El Estado, teniendo como el pueblo necesidades que atender, emitió á su vez papel moneda

de curso forzoso, no en abuso de sus facultades, sino obligado por las ineludibles exigencias de los acontecimientos y de la situación económica de la nación.

Hemos vivido 14 años á la sombra del billete, y hoy se trata de que nos divorciemos para siempre con él.

«Para salir de la circulación fiduciaria, no todos los caminos son buenos ni todos los instantes propicios.» Debemos, pues, ante todo, ver si la situación de Chile es hoy propicia para realizar esta operación con probabilidades racionales de éxito, es decir, debemos comenzar por medir la riqueza pública en relación con la posición económica del país, para ver si subsiste aun la causa original que expulsó el metálico en 1878 y si los elementos de producción y de trabajo con que el pueblo cuenta, son tales que aseguren la permanencia estable de ese circulante entre nosotros.

Si no hubiese desaparecido aquella causa se comprenderá fácilmente que debiendo producir los mismos efectos, porque nada habrá que los altere, el numerario volverá á salir y volverá la inconvertibilidad. Si el país no tiene asegurado además su porvenir por medio del trabajo reproductivo y estable ó posee fuentes de riqueza que le permitan vivir de sí mismo, confiado y seguro, aunque la causa á que nos referimos, no exista por el momento, podrá venir, y de nada habrá servido mantener por tiempo más ó menos largo la circulación metálica si ha de perderse más tarde y hemos de tener que soportar las consecuencias fatales del vacío que deja con su ausencia.

En uno ú otro caso, de nada servirá también que el Estado posea recursos suficientes para operar el cambio monetario, porque la más elemental noción de prudencia administrativa aconsejará no exponer al país á los dobles trastornos consiguientes á esa operación, abrigándose la certeza de que ningún resultado práctico que beneficie á la nación va á obtener con ella.

Hemos venido probando en nuestros artículos anteriores que el país ha consumido durante los 14 años de curso forzoso y consume todavía más de lo que produce y que el Estado no tie-

ne por el momento recursos propios de que echar mano para efectuar holgadamente el rescate del billete. «La conversión que nosotros intentamos no podía ser iniciada en época más inoportuna,» dice el señor Aldunate, y es así, porque además de esos dos motivos, que de hecho la imposibilitan, atendiendo á la posición económica en que nuestro sistema de vida mantiene al país y la clase de comercio de que proviene la riqueza pública, no puede abrigarse siquiera la esperanza de que, en tanto esa vida y ese sistema comercial no se cambien aquellas causas inmediatas cesen y nos permitan acercanos á la circulación metálica. Todos los que se ocupan de estas cuestiones sienten instintivamente la fuerza de los hechos de que proviene este raciocinio y á todos alcanza también su influencia, por lo cual no nos es dado comprender como se les desatiende y se cierran los ojos á sus insinuantes manifestaciones.

Los legisladores que hoy nos aseguran que el Fisco está boyante y podrá con holgura restituir la moneda de metal, demuestran con los hechos todo lo contrario, no pudiendo por menos, en fuerza de su evidente impotencia, que apelar para ello el crédito público y á la reagravación de los derechos fiscales y municipales, hasta extraer del pueblo 12 millones de pesos anualmente en nuevas gabelas.

Si el Estado necesita de esos recursos, es, pues, evidente que no dispone, por los medios ordinarios, de la riqueza necesaria para convertir en oro su papel y que arrancándosela al pueblo, es no menos evidente que será éste y no aquél el que va á efectuar la conversión.

Se ha dicho y repetido lo contrario, haciendo aparecer á ese fisco que va á pagar su deuda monetaria con el fruto del sudor y del trabajo ajeno, con aires de magnanimidad paternal: esto es un sarcasmo, burla cruel á un pueblo que pisa los umbrales de la ruina.

Se ha querido también sostener que nuestro consumo está medido por el valor de la producción; pero de esta paradoja insostenible no vale ya la pena de ocuparse.

Quisiéramos que los que tal piensan nos dieran explicación del por qué el año de 1891 hubo una demanda por letras sobre el extranjero en exceso de cuarenta millones sobre la oferta que de ellas se hiciera en nuestro mercado, y quisiéramos, por fin, ya que se dice que nunca hemos consumido más que lo que se produce, que nos dijeran á qué partida se cargarían en el libro de la contabilidad nacional los 114 millones de deuda hipotecaria que reconoce la propiedad territorial y a cual se deberán incluir los 200 millones de pesos que se registran como créditos, censos y cuentas corrientes, en las carteras de los Bancos.

¿Al comercio interno?—Qué curioso sería que un país á quien bastan 50 millones de papel para sus transacciones, hubiera menester *314 millones de pesos* en créditos comerciales para sus giros. Este Chile sería todo entero, entonces, un gran Banco.

Es evidente á todas luces que esos créditos, porque representan deuda al extranjero, son la principal causa de nuestro empobrecimiento y la causa también de que la producción se haga cada vez más difícil y gravosa.—Bajan de precio nuestros productos en el mercado universal y muchos nos arrebatan en competencia fácil, la preferencia de que antes gozáramos; no porque no hayan alcanzado á este país los adelantos de la mecánica industrial que abarata la producción, no porque nuestros agricultores y mineros no sean ya los agricultores y mineros de otro tiempo, no, por fin, porque los fértiles valles de nuestro suelo estén cansados de darnos para vivir. Nada de esto hay, y si lo hubiera, pequeña influencia tiene ante los esfuerzos que se hacen y con que siempre se han distinguido los chilenos en la lucha de la vida y el trabajo. Es sólo porque los intereses de la deuda que el exceso de consumos impone al país, se llevan la mejor parte de las ganancias, dejando apenas un miserable fruto á tanto sacrificio, porque los capitales, huraños ante la pobreza que infecta los aires, hacen falta para explotar las fuentes de producción, es, por fin, porque muchos cansados de bregar en vano, y maldiciendo una existencia que sólo deja desengaños, abando-

nan las herramientas de trabajo y van á buscar un cómodo refugio en las calientes poltronas de las oficinas fiscales.

Aquí la abeja productora se transforma en zángano y su trabajo es totalmente improductivo á la nación. Por sus manos se resbalan insensiblemente la mitad de las rentas del salitre y van en pago del consumo de artículos que, no produciéndolos el país, se piden al extranjero, en satisfacción de las muchas necesidades que la vida *parisiense* ha venido haciendo indispensables á la existencia del *bon ton*.

Lo demás lo sabe todo el mundo, y nuestra mano se resiste á descorrer el telón que encubre el escenario de tanta miseria

Con esta clave, y sólo con ella, es posible darse explicación de cómo hoy cada habitante de Chile produce, en término medio, la mitad de lo que produjera en 1876, con ella sólo es dable explicarse cómo nuestra producción es insuficiente á pagar los consumos, para convencernos de cómo, sin que nadie lo soñara ayer, este año amanecimos atados á la pobreza y á la ruina, y, por fin, sólo de esta manera se pueden comprender las tiranteces que violentan y perturban la vida de la sociedad.

" El empobrecimiento del país, dice el señor Aldunate, nos " ha herido en la vista: tomando los efectos por las causas y " atribuyendo todos esos fenómenos á las oscilaciones del cir- " culante fiduciario, se ha creído que supriéndolo á *fortiori*, " habremos clavado la rueda de la fortuna y volveremos á la " circulación metálica y al restablecimiento de la riqueza pú- " blica."

Error, gravísimo error, de donde previenen casi todas las desgracias que amargan la existencia de la mayor parte de los pueblos americanos.

" De donde debemos esforzarnos por salir ante todo, y á " costa de cualquier sacrificio, es de la *ruta que nos lleva al em-* " *pobrecimiento del país* y al abatimiento de su crédito; y á " este doble propósito no marcharemos con las leyes *aproba-* " *das* ó por aprobarse en el Congreso."

Pero, cuál es entonces, han dicho los ciegos del mundo económico, la ley que debemos aprobar, porque si otra no existe ó no se conoce, es fuerza convenir en que aquella es buena y necesaria.

En esta parte el señor Aldunate ha cedido á la argumentación de los sofistas: ha creído necesario proponer también una ley, y propuso la de 1887!

Qué terrible epidemia es ésta que produce fiebre por legislar aun sobre las mismas supremas leyes que gobiernan la existencia, qué endémica enfermedad es ésta, que su contagio no respeta á las más esclarecidas lumbreras de la ciencia... No lo comprendemos, porque no pedemos comprender cómo la luz deja paso á las tinieblas y cómo á tan poderosos cerebros no es dable ver más allá de los dinteles de la ley.

«Para todos los males no hay otro remedio cierto que las economías y sólo las economías,» se dice.

Nosotros no conocemos otros pueblos que mantengan su porvenir sobre esta base, que algunos países de Asia y Africa: en esas tribus semi-salvajes, se venden ó se matan los que están de sobra á la riqueza pública; pero el resto del mundo civilizado no cifra su felicidad en la avaricia, sino en el aumento de la fortuna, porque es ésta la única que puede hacer liviana la pesada necesidad de vivir.

No estamos disertando filosóficamente, porque la riqueza no da todos los placeres que necesita la vida social, y sí á lo que de un pueblo llamamos *vida* comercialmente.

Las economías no son, pues, un remedio para la pobreza, por más que puedan ayudarnos á soportarla con ménos rigores. Pero se habla de la posibilidad de hacer economías, lo que quiere decir que ya existe la riqueza de donde provienen. ¿Y en dónde está la de Chile? ¿No nos ha herido en la vista el empobrecimiento del país?

Si estas economías se refieren á las que deban hacerse en el Erario Nacional, son todavía más improbables. Ya los hemos dicho y lo repetimos, Chile no puede hacer economías, ni las ha-

rá mientras la nación "no salga á costa de cualquier sacrificio de la ruta que nos lleva al empobrecimiento." Mientras de ella no se aparte acudirán á las puertas de la Casa de Moneda el joven y el viejo, la viuda y la madre á pedir pan, y seguirá siendo el Palacio de Gobierno la *Panadería* del pueblo de Chile.

No nos hagamos ilusiones, porque ya están los hechos anunciándonos el porvenir. ¿Quién no divisa la miseria en los desterrados del poder de ayer? Muchos han tenido ya que ir á saborear en ajenos suelos el amargo pan de una madrastra.

Son muchos los servidores que tiene Chile, y no se pretenda privarles de satisfacer tan abnegada aspiración, porque se les habrá muerto para siempre el porvenir: no es tan fácil improvisar un buen obrero como un buen servidor de la patria.

No soñemos, pues, con un régimen de economías que, en la presente situación sería un terrible cauterio para nuestros males y que acaso se resistirá el organismo á soportarlo: no soñemos con él porque es imposible: nos hallamos sobre un plano inclinado de pendiente tan rápida que no bastaría la más enérgica y potente voluntad para detenernos en la vertiginosa descensión que nos lleva á la ruina. La historia nos enseña que no ha sido dable realizar esta empresa á pueblo alguno sobre la tierra.

Pero, entonces, se repetirá, si no es posible hacer economías, debemos cerrar los ojos y hundirnos para siempre en el abismo, y si no es así ¿cómo es que no se indica el remedio?

" Creemos, dice el señor Andunate, que debe designarse
" desde luego un día fijo para la conversión, aplicando la ley
" de 1887, modificada en algunos de sus detalles, para consul-
" tar un propósito de ejecución más inmediato é invertiendo
" para este objeto nuestras economías en retirar anualmente la
" cuarta parte de la circulación fiduciaria y en adquirir pastas
" metálicas." Lo que quiere decir que "suprimiendo *a fortiori*
" el infeliz billete, habremos clavado la rueda de la fortuna."

A reglón seguido agrega: "Nada por ahora de empréstitos,

" nada tampoco de *incineraciones anticipadas*, nada, por fin
" de elementos ficticios y empíricos."

Pero, qué otra cosa es la ley de 1887 sino incineraciones anticipadas y un recurso ficticio y empírico, porque no pasa de ser una ley como la de 1892 que tiene la arrogante pretensión de querer apartarnos "de la ruta que nos lleva al empobrecimiento" con sólo la voluntad del mandato, qué otra cosa es sino un vulgar procedimiento de que ya se han servido otros países con ridículos é ineficaces resultados, y que es, por fin, sino una ley que «persigue ficticios ó transitorios arbitrios de
" bienestar sin atender á los intereses permanentes del país y
" á un sólido restablecimiento económico futuro."

La ley que no puede ser profeta en ninguna tierra, no puede tampoco adelantarse á los acontecimientos para anunciar al país *el día fijo* en que estará en situación de volver á la circulación metálica y no hay, por otra parte, ninguna conveniencia en que un gobierno serio y solvente como el de Chile se esté haciendo presente al comercio con halagüeñas promesas de conversión, que acaso más tarde no le será posible cumplir.

Nadie se da cuenta de lo que valdrá el papel mañana, sino del servicio que presta al presente, y mientras exista en el mercado el tácito pacto de darle un valor determinado, es perjudicial toda intervención legislativa que venga á introducir nuevos elementos de apreciación y nuevos vaivenes en sus cotizaciones, porque se aumentarán esos mismos efectos que, tomados hoy por causas, nos hacen atribuirles todo el malestar económico, y sólo se habrá conseguido ocultar una vez más, los verdaderos síntomas de la enfermedad que aqueja á este pueblo y de la cual se trata de curar.

" Nada de imposiciones arbitrarias de la ley, nada que altere
" el juego libre y regular de los valores, porque éste es esen-
" cialmente el fundamento de las transacciones."

En suma, creemos que de todo esto se desprende una consecuencia evidente y que se impone con toda la fuerza de una necesidad imprescindible.

Debemos esperar «que el tipo de cambio ó sea el valor relativo de la moneda y del papel que se trata de eliminar de la circulación, se encuentren próximos el uno del otro» y trabajar para que esto llegue á suceder tan pronto como sea posible «atendiendo á los intereses permanentes del país y á un sólido restablecimiento económico futuro.»

Toda ley que persiga la conversión sin consultar estos propósitos tendrá efectos contraproducentes.

Porque cualquiera que sea la que nosotros intentemos, hoi por hoi, «no podría ser iniciada en época más inoportuna» y el caso es, sencillamente, que no debemos hacer la conversión sino prepararla.

Por consiguiente, creemos que no debe dictarse indicando un día fijo para el retiro del papel, porque esto envuelve una profecía de por sí absurda, ya que no hay siquiera conjeturas sobre qué fundarla; que no debe descansar tal ley sobre la implantación violenta de un régimen de economías ó de tributos públicos, porque se introducirán trastornos y violencias tales que muy bien pueden llevarnos al repugnante espectáculo de un Estado opulento ante un pueblo miserable; que no deben hacerse *incineraciones anticipadas* ni acumular pastas metálicas, porque los dineros que en ella se inviertan ocasionarán la pérdida absoluta de los intereses compuestos que importa la ociosidad de ese capital; y, por fin, es necesario sobre todo, huir en absoluto de esas leyes empíricas que pretenden crear situaciones y no se amoldan a ellas ni á la conveniencia pública. Esto es todo lo que no debemos hacer. Lo que debemos hacer es todavía mucho menos, porque es una simplicidad casi absoluta: *fomentar las actuales fuentes de producción y crear otras nuevas implantando en el país por medio de la protección las industrias fabril y manufacturera.*

El cambio, que es el barómetro de la riqueza pública, impulsado por el aumento de ésta, se moverá á nuestro favor, acercándonos al momento de la conversión, sin violencias, sin injusticias y sin trastornos.

Poseyendo aquellas industrias el país tendrá asegurada, sólidamente para el porvenir, la vida que es hoy parásita y esclava del comercio estranjero, lo que ha de ser su verdadero restablecimiento económico, porque habiendo abundante y lucrativo trabajo, ya no necesitará el pueblo disputarse entre sí las migajas del presupuesto nacional.

Para realizar este doble propósito es necesario además despejar el campo de los obstáculos que se han estado amontonando y deshacer mucho de lo ya mal hecho. Preferible es que lo deshagamos nosotros, antes que el tiempo desmorone en ruinas esos edificios sin cimientos y nos aplasten sus escombros. Es preciso templar la cuerda de los impuestos con el diapasón de la fortuna pública y poner con ella acorde las necesidades del Estado, y después, tiento, mucho tiento para apoyarse sobre piernas que flaquean. Es no menos indispensable también que se concentre en los corazones todo el patriotismo que sea necesario para ahogar amores propio y necias vanidades, que ha llegado el momento, es preciso creerlo, de pensar sólo en la salvación de esta patria tan querida.

Posible, y más que posible, probablemente, habremos incurrido en errores de apreciación. Perdónensenos en obsequio á nuestra inexperiencia: apenas contamos 25 años, mitad perdidos en la infancia, ocupado el resto en el estudio de los números, en viajes y en abrir paso á la locomotora entre los montes; hemos visto desde muy lejos la silueta de la gran máquina administrativa sin que su contacto ni el ruido de su rodaje nos alcanzara jamás.—Qué mucho será, pues, si á otros engaña la verdad, que nos engañe á nosotros la mentira.

Esperamos, por esto, merecer disculpa, cuando menos, y especialmente de quienes se interesan por los que anhelan ver la luz y se sienten morir entre las sombras.

Valparaiso, 8 de Octubre de 1892.